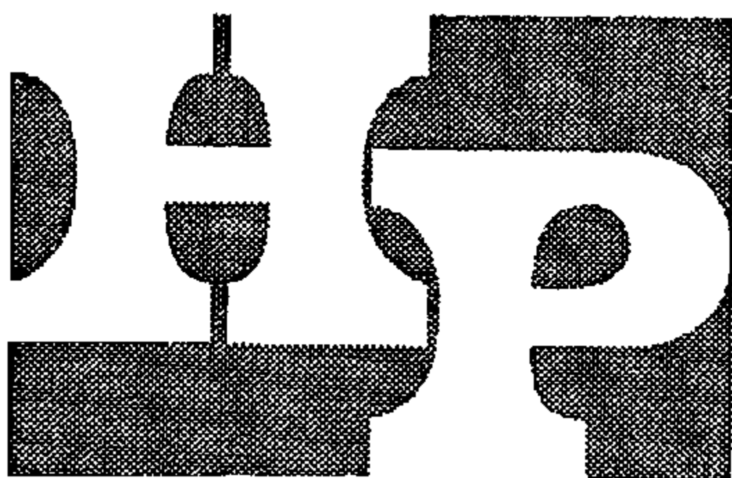


Silver Kane

EL ABOGADO DEFENSOR





Héroes de la PRADERA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319. — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.372. — Un funeral por todo lo alto.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
769. — Negro funeral.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
367. — El verdugo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:
80. — Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:
837. — Comanchero.



Silver Kane

EL ABOGADO DEFENSOR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 369
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 46.683 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: enero, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El rumor corrió por Paradise Valley, como el fuego borre sobre un reguero de pólvora.

—¡Sid Lane ha logrado huir!

El rumor dio la vuelta a la ciudad en pocos minutos. Provocó exclamaciones airadas, gritos de alarma y alguna que otra mirada a los armarios donde se guardaban los rifles.

—¡Sid Lane viene hacia aquí!

El rumor llegó, ¿cómo no?, hasta la oficina del *sheriff*. El *sheriff* Burton llevaba una temporada tranquila y estaba empezando ya a pensar en tomarse unos días de descanso. Pero la alarma llegó hasta él cuando su único ayudante entró en el despacho.

—Buenos días, *sheriff*.

—Buenos días, Godfrey. Vienes muy alterado…

—No es para menos, *sheriff*.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Sid Lane ha conseguido huir.

El *sheriff* cerró un momento los ojos, y reflexionó largamente, como si le costara un gran trabajo captar aquella noticia y, sobre todo, el trágico significado de lo que había tras ella.

—Estaba en Leavenworth —dijo al fin.

—Sí, *sheriff*.

—Leavenworth es uno de los penales federales más seguros y rigurosos que existen.

—Pues no lo ha sido bastante para él. ¡Ya lo decía yo!, ¡la ese hombre debimos haberle matado!

El *sheriff* se puso en pie.

—Quiero aclarar esto. No hay que dejarse llevar por fantasías. ¿Quién ha traído la noticia?

—Colman, el mayoral de la diligencia.

—Voy a hablar con él.

El *sheriff* salió a la calle y la atravesó en diagonal, dirigiéndose a la casa de postas.

Notó, sólo al ver las caras de los vecinos, que algo extraño ocurría. Era como si toda la ciudad hubiera cambiado de repente. Como si en los hombres, en las casas, hubiera entrado ya la mano fría e invisible del miedo.

Llegó a la casa de postas y entró en ella, dirigiéndose en línea recta hacia el mayoral Colman.

Colman estaba mascando una pastilla de tabaco. Su aliento apestaba.

—Hola, *sheriff*.

—Colman, tú has traído hoy a la ciudad una noticia grave.

—Sí, ya sé.

—Necesito asegurarme de que es cierta, No se puede alarmar a una ciudad entera con una mentira.

—Yo no miento, *sheriff*. Ya sabe usted que no. Los únicos que mienten son estos malditos fabricantes de tabaco para mascar. Cada vez lo hacen más flojo.

—Déjate de divagaciones. ¿Qué sabes tú de Sid Lane?

—Lo vieron en Carson City.

—¿Seguro?

—Hum…

—Estaba encerrado en Leavenworth Encerrado para toda la vida. Y Leavenworth queda muy lejos, de modo que no sé cómo ha podido llegar hasta Carson City sin que lo detuvieran.

—Pues lo ha conseguido. Y el que lo vio me merece absoluta confianza.

—¡Ah! ¿No lo viste tú?

—No, yo no.

—Entonces puede ser falso…

—Ya le he dicho, que el que lo vio me merece absoluta confianza. No se haga ilusiones, *sheriff*. Además, mire.

Extrajo de debajo de sus posaderas un periódico perfectamente doblado y lo desdobló. Era el *Carson City Journal*.

—Lea.

El *sheriff* se enteré en un instante de la información, que era

breve pero importante. Sid Lane había aparecido en Carson City, matando a dos personas. Iba con cinco pistoleros más.

Ya no cabía duda de aquella noticia. Indudablemente resultaba cierta.

El representante de la ley dobló el periódico pensativamente, mientras sus facciones se ensombrecían.

—No comprendo cómo pudo huir, —susurró.

—Ya lo ve. Debimos haberle matado.

—En eso quizá tengas razón.

Colman escupió una pestilente bocanada de tabaco.

—Condenar a reclusión perpetua a un tipo así… Vaya, hombre… Como si la reclusión perpetua significara algo para un hombre sin entrañas como ése… Ya ve el resultado. Ahora está libre, y dispuesto a matar de nuevo. Y no viene solo, sino con cinco pistoleros más. ¿Qué hemos de hacer nosotros en tal caso? ¿Felicitar a Morton?

El *sheriff* se llevó una mano a la cabeza.

—¡Diablos, lo olvidaba!

—¿Olvidar qué?

—¡Cliff Morton!

—¿Qué ocurre con él?

—¡Hay que darse prisa! ¡Esta noticia le afecta a él más que a nadie! ¡He de correr o no llegaré a tiempo!

Y el *sheriff* salió trotando sobre sus cortas piernas.

Estaba tan excitado que ni siquiera se dio cuenta de que Colman, al escupir de nuevo, le había enviado una bola de tabaco al cogote.

«… Y este momento decisivo para vuestras vidas, hermanos, lo recordaréis siempre… Y será como un faro que ilumine vuestro camino… Y a partir de ahora, vuestros destinos y vuestras personas, antes distintas, serán un solo destino, una sola persona, un solo porvenir…».

Al padre Higgins le tembló un poco la voz en la última frase.

Pero estaba contento. Le salía una plática sensacional.

¡Ni siquiera había tartamudeado una sola vez!

Todos los reunidos en la iglesia le escuchaban en silencio. Y sobre todo los dos novios, como era lógico.

Eran una pareja realmente notable.

Ella, Paulina Grey, era la chica más bonita de Nevada, si había

que creer a los que entendían de mujeres. El, Cliff Morton, uno de los más jóvenes y famosos abogados del país.

La ceremonia era brillantísima, y podía decirse que todas las personas que significaban algo en Paradise Valley estaban allí. Sólo faltaba el *sheriff,* y ello porque las obligaciones de su cargo le impedían abandonar su puesto.

Además, el *sheriff* no era demasiado amigo de Cliff Morton.

Decía que éste ponía en la calle a todos los criminales que él conseguía apresar.

Pero ahora el *sheriff* entró de repente en la pequeña iglesia.

Era el momento en que el padre Higgins decía:

—… Y ahora voy a haceros las preguntas más importantes de vuestra vida. Tú, Paulina Grey, ¿quieres a Cliff Morton, aquí presente, como legítimo esposo, en nombre de…?

Se interrumpió de pronto para murmurar:

—¿Qué pasa?

El *sheriff* estaba haciendo enérgicas señas desde la puerta.

—Eh, Cliff.

Cliff Morton se volvió.

Alto y fuerte, tostado por el sol, no parecía un abogado, sino un vaquero. Y, la verdad, quizá disfrutaba más con los caballos y las vacas que con los libros de leyes. El chaqué le caía quizá algo estrecho, a causa de su musculatura.

—Pero, *sheriff*… —murmuró—. Bien está que no sea amigo mío, pero de eso a fastidiar mi boda…

—He de hablar contigo, Cliff.

—¿Tan importante es?

—Vida o muerte.

—También es de vida o muerte lo que hago ahora. Según como se mire, voy a palmarla.

—No discutas y vamos a aquel rincón. Necesito hablar contigo ahora mismo.

—¿Antes de que me case?

—Precisamente antes de que te cases.

Cliff Morton se encogió de hombros y siguió al representante de la ley.

Todo el mundo estaba asombrado.

Los murmullos llenaban el pequeño templo. La novia, en cierto

modo abandonada cuando la boda se hallaba en su punto culminante, se sentía completamente desconcertada.

Pero era ella la única que guardaba silencio, pese a adivinar que algo muy grava ocurría. Algo que podía decidir su destino.

El abogado y el *sheriff* se situaron a un lado del templo, donde nadie pudiera oírles.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que ocurre y que no puede esperar ni cinco minutos?

—Sid Lane ha escapado.

Cliff palideció.

—¡No es posible! ¡Estaba en Leavenworth!

—Pues ya ni Leavenworth es un sitio seguro. Tampoco lo es Yuma, pese a la siniestra fama que tiene. Ya lo dicen los asesinos: «De la cárcel se sale y de la tumba no». Cuando uno de esos tipos se salva de la horca, es como si no se le hubiese condenado a nada. Porque entre indultos y fugas, apenas cumple tres años. Dos y medio solamente ha estado Sid entre rejas.

Cliff se pasó una mano por la cara, intentando di simular su turbación y su palidez.

—No lo comprendo…

—Pues debieras comprenderlo, Cliff. Porque tú tienes la culpa.

—¿Qué quiere decir?

—¿Quién consiguió que Sid no fuera condenado a muerte?

—Bueno… Pues…, fui yo.

—Tú ya le habías defendido una vez. ¿Recuerdas? Fue hace cinco años. Entonces ya merecía la cuerda. El fiscal pidió pena de muerte, y tenía cien razones para hacerlo. Tú, sin embargo, conseguiste demostrar que no había concluyentes y lo sacaste a la calle.

Cliff volvió a pasarse la mano por la cara.

No contestó.

El *sheriff* continuó en voz baja, pero con el tono implacable del que acusa:

—Le sacaste a la calle y al cabo de un par de años cometió un nuevo asesinato. Entonces volviste a defenderlo tú.

—Sí. Es cierto…

—Parecía que nadie iba a librarle esta vez. El verdugo ya preparaba la cuerda. Los aficionados a esos espectáculos ya pagaban

por anticipado los mejores puestos junto al patíbulo. Y entonces tú conseguiste, no sé con qué artes, convencer al jurado de que aquello no había sido un asesinato, sino un desafío más o menos legal. Resultado: cadena perpetua en lugar de pena de muerte.

Cliff se mordió levemente el labio inferior.

—Era una crueldad innecesaria colgar a Sid. Él y yo habíamos jugado juntos durante nuestra niñez. A mí… Bueno, a mí se me hacía difícil pensar que él acabaría colgando de una cuerda y que encima la ley me obligara a verlo… Encerrándole para toda la vida, también dejaba de ser un peligro para la sociedad, Yo sabía que era culpable, pero me consideré satisfecho cuando se le apartó de entre nosotros sin necesidad de recurrir a la crueldad de la horca.

El *sheriff* apretó los labios.

—Sí, ¿eh?

—¿Me está acusando?

—Te estoy acusando, Cliff Morton. ¡Claro que lo estoy haciendo! Del segundo asesinato de Sid Lane ya fuiste responsable tú. Se hubiese podido evitar caso de haberle enviado a la horca tras el primer juicio.

—Ésa… es una opinión que puede discutirse.

—Tal vez. Pero, después de su fuga, Sid Lane y cinco hombres que ahora le acompañan han llegado a Carson City. Y allí han cometido dos asesinatos más. ¿También eso es una opinión?

La palidez del rostro de Cliff se hizo más intensa aún.

Sus manos temblaron.

—¿De veras ha matado a dos hombres?

—No tengas la menor duda.

—Entonces yo soy responsable de eso. Esas dos muertes pesarán siempre sobre mi conciencia.

—Celebro que, al menos, lo reconozcas. Y que sepas que la horca se ha inventado por alguna razón. Pero me gustaría que, además de reconocerlo, hicieses algo.

Cliff hundió la cabeza.

Apretó los puños con un gesto mitad de decisión mitad de terrible impotencia.

—Claro que haré algo —farfulló.

—¿Puede saberse qué?

—Yo mataré a Sid Lane.

La frase, pronunciada en voz baja, sonó sin embargo, como un aldabonazo en los oídos del *sheriff*.

Balbució:

—¿Lo dices en serio?

—Jamás he gastado una broma a nadie, *sheriff*. Ni he dicho una sola palabra en vano.

—Harás bien en matarle…, si puedes —musitó el *sheriff* al cabo de unos instantes de reflexión—. Ya sabes por qué lo digo.

—Sí. Porque Paulina era su novia. No quiero que Sid piense nunca que se la he quitado a traición. Este asunto lo discutiremos cara a cara.

Y se dirigió de nuevo al altar.

El *sheriff* se acarició la estrella lentamente, mientras miraba a Paulina Grey.

«Lo siento, muchacha… —dijo para sí mismo—. Me parece que te he fastidiado la boda…».

CAPÍTULO II

No sólo en Paradise Valley, se habían visto afectados por la inesperada fuga de Sid Lane. No era sólo Paulina Grey la que había pagado las consecuencias, al suspenderse su boda en el último momento.

También en otras poblaciones había intranquilidad. Y todos los alguaciles y comisarios, para no hablar de los *sheriffs,* se habían puesto en estado de alerta.

Paradise Valley está al norte del río Humboldt, y al sur del monte Spring, en donde termina prácticamente la agreste serranía de Santa Rosa. La población merece el nombre que lleva: Es un oasis de verdor y de paz en la reseca Nevada.

Otras poblaciones menos afortunadas, como Jungo y Winemucca, se encontraban también en estado de alerta, a pesar de saberse que Sid Lane y su banda quizá no pasarían por allí. El único lugar adonde se dirigiría, sin duda alguna, era Paradise Valley.

Pero en Winemucca lo vieron antes.

En la ciudad había un Banco donde se realizaban importantes ingresos, después de las ferias ganaderas. Precisamente por aquellas fechas estaba, por decirlo así, rebosante de oro. Quizá fue ésa la razón de que Sid Lane eligiera el paso por la pequeña ciudad.

Seis hombres se presentaron al amanecer. Las calles, anchas y solitarias, estaban en perfecta calma. El aire era limpio y no flotaba en él ni una mota de polvo.

Los cascos de los seis caballos atronaron la calle hasta entonces tan tranquila. Seis figuras fantasmales desfilaron a la luz incierta del amanecer.

Un hombre que dormía vestido en una modesta habitación de hotel, se sintió zarandeado bruscamente.

—¡Señor Russell! ¡Señor Russell!

El llamado se despertó a medias.

—¿Qué pasa? ¡Estoy muerto de sueño!

—Lo que usted esperaba, señor Russell.

—¿Queeeeó?

—La banda de Sid Lane está aquí.

El hombre se pasó una mano por los ojos, intentando despertarse del todo. Pero la verdad era que se sentía pesado, torpe, y no conseguía ser dueño de sus sentidos.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor Russell. Yo los he visto.

—¿Son los seis de que se hablaba?

—Sí, señor.

—¡Pues menuda broma!

Russell se puso las botas, que era lo único que le faltaba para poder salir a la calle, además del cinturón-canana. Llevaba tres noches durmiendo vestido, desde que se dio la alarma, y la ropa ya le picaba en todo el cuerpo. Las dos primeras noches apenas pudo pegar ojo, pensando que los forajidos aparecerían por allí de un momento a otro. ¡Y ahora, que empezaba a confiar y se había dormido a gusto…!

Fue a salir.

El encargado del hotel le llamó:

—Eh, señor Russell…

—¿Qué?

—Se deja usted la placa.

Russell la recogió y se la colgó. Era la placa que acreditaba su condición de agente federal al servicio del Gobierno de los Estados Unidos. Una cosa que, en la salvaje Nevada, significaba bien poco ante una bala certera.

Descendió los peldaños de tres en tres, sin despertarse del todo aun a pesar de sus esfuerzos.

Había pedido aquel destino porque quería ascender pronto. Cuanto más salvaje era el territorio asignado, más generoso se mostraba el Gobierno. Pero ¡infiernos!, nadie le había hablado de que un día tendría que enfrentarse a seis hombres…

Mientras tanto, los jinetes se habían detenido ya ante el Banco, descabalgando rápidamente.

Parecían haber calculado el tiempo con exactitud cronométrica. Era la hora justa en que se producía el relevo de guardianes ante las puertas del establecimiento.

Los dos quedaron sorprendidos ante la súbita aparición de los seis jinetes. Habían oído los caballos, pero pensaron hasta aquel momento que se trataba de un grupo de vaqueros, que salía más temprano. De repente se vieron encañonados por seis «Colt».

Ninguno de los forajidos intentaba disimular su rostro. Y mucho menos el que los mandaba.

Uno de los guardianes susurró:

—¡Sid Lane…!

—Abrid esa puerta.

—Nosotros… no tenemos todas las llaves.

—No, ¿eh? Muy bien, lo haré mismo. Vamos a tener concierto, muchachos. Mejor será que os tapéis los oídos.

Los dos guardianes adivinaron que los forajidos iban a disparar. Se imaginaron a sí mismos, de pronto, convertidos en guiñapos agujereados por las balas. Uno de los guardianes sacó inmediatamente un manojo de llaves que guardaba en uno de sus bolsillos.

—Éstas… son.

El hombre a quien todos conocían como Sid Lane, sonrió.

—Eso está mejor. Abrid vosotros mismos.

—Sí…, si, señor.

La puerta del Banco fue abierta. En aquel momento uno de los guardianes comprendió que quizá tuviera una oportunidad para defenderse. Pensando en casos como aquél, en una pequeña tarima, a la derecha de la puerta, había siempre un revólver cargado, el cual era retirado por el guardián que daba entrada a los empleados, al comenzar el día. El que había entrado primero lo tomó en sus dedos.

Logró volverse e incluso encañonar a Sid Lane.

Durante unas fracciones de segundo creyó que podría acabar con él. Que iba a convertirse, por esa sola razón, en uno de los hombres más famosos de Nevada.

Pero el forajido fue más rápido. De pronto su revólver se aplastó pesadamente sobre la frente del guardián.

Éste lanzó un ronco gemido y cayó a tierra, sin conseguir

disparar.

Uno de los pistoleros adelantó su revólver, disponiéndose a vaciarle la cabeza.

—¡No lo hagas!

—¿Por qué razón, Sid?

—Lo que nos interesa no es matar gente, sino ganar dinero. Vamos a la caja. ¡Pronto!

Uno de los empleados tenía la llave de la caja fuerte y conocía la combinación. Ése fue un grave error, un error que en Winemucca no volvió a cometerse jamás, pero que aquel amanecer facilitó mucho las cosas a la banda de Sid Lane,

—¡Los sacos!

Todos llevaban pequeñas bolsas de seda preparadas bajo sus camisas. En un santiamén fueron llenadas de fajos de crujientes billetes y de relucientes monedas de oro.

—¡Fuera!

Los seis hombres salieron, El primero de ellos sintió como si en su cabeza chocara de pronto una bola de billar.

No había sido alcanzado porque el hombre que acababa de disparar al otro lado de la calle no tenía el pulso demasiado firme. Pero la bala, que acababa de rozarle, fue bastante para hacerle caer a tierra.

Se oyó un nuevo disparo.

—¡Bien, Sid!

Era uno de los forajidos el que acababa de lanzar aquella exclamación. Siempre le había asombrado la increíble puntería de su jefe. Parecía imposible que tres años en Leavenworth, sin poder entrenarse, no le hubiera hecho perder aquel maravilloso pulso.

El federal Russell había sido alcanzado en el brazo derecho. Soltó el revólver, mientras se encogía con un gesto de dolor.

Nunca le había ocurrido aquello: Fallar un tiro claro y luego no saber cubrirse.

Aún estaba medio aturdido por el sueño, pero el dolor le despertó del todo.

—Sid Lane… —farfulló.

El forajido estaba ante él.

Había cruzado la calle para apuntarle con su revólver. Sus ojos brillaban demoníacamente, como los de un loco.

—¡Odio a los federales! —aulló—. ¡Vosotros, perros, sois lo que más odio en el mundo!

Y disparó tres veces, rabiosamente, contra la cabeza de Russell.

Hay en Nevada dos feas ciudades que tienen dos feos nombres. Se llaman como dos cuerpos químicos: Sulphur y Tungsten. Sin embargo, son, o fueron, zonas muy ricas en minerales. Hubo mucha gente a la que, a pesar de los feos nombrecitos, no le importó vivir allí.

Las dos están situadas en el borde del desierto Black Rock. Todos estos datos demuestran, sin necesidad de esforzarse mucho, que el lugar no tenía nada de agradable.

Sin embargo, la banda de Sid Lane decidió ir hacia allí.

La banda de Sid Lane no iba a los sitios donde había belleza, sino a los sitios donde había dinero.

Después de su golpe en Winemucca, parecía como si una especie de frenesí se hubiera apoderado de ellos. Diríase que Sid Lane quería cobrarse, con intereses, todo el tiempo que pasó entre rejas.

La banda ya era más numerosa.

Nada hay que haga crecer tanto a un grupo de forajidos como el poseer un jefe resuelto a todo y con fama de invencible.

Ahora ya no había cinco pistoleros a sus órdenes, sino siete.

Y fueron, por tanto, ocho los jinetes que se presentaron en Sulphur aquel día al amanecer.

Era su hora favorita.

Después de la pesadez de la noche, los empleados que quedaban en el retén de la Sulphur Company, dueña de importantes minas, estaban aburridos y con ganas de irse a la cama. Tres de ellos, que estaban repasando Ja nómina para los pagos de aquel mismo día, se dormían materialmente sobre los billetes. El cajero jefe anotaba cifras distraídamente. Los dos hombres armados que estaban encargados de proteger a aquel grupo, acariciaban con una especie de hastío los cañones de sus rifles.

Uno de ellos musitó:

—Ya sólo falta media hora para el relevo…

—Lo malo es que nosotros no habremos terminado aún —dijo el cajero jefe.

—¿Por qué?

—Las cuentas no me cuadran.

—Vaya… Eso ha de ser terrible…

—Peor que terrible. Es asqueroso.

—Pues en cuanto termine la nómina, yo me largo —dijo otro de los empleados—. No aguanto más.

—¿Te duermes?

—Se me cierran los ojos…

—Pues despierta —dijo una voz ronca, desde una de las ventanas.

Todos los que estaban en la habitación se volvieron a un tiempo.

Dos hombres que habían trepado hasta allí les apuntaban con sus rifles, Y les bastó ver a uno de ellos para reconocer una descripción que les hizo erizar los cabellos.

—¡Sid Lane!

—¡Dios santo!

Esta vez los hombres de Sid Lane habían empleado otra táctica, dejando los caballos lejos y aproximándose a su objetivo a pie, aprovechando las últimas sombras de la noche. Las oficinas de la Sulphur, estaban instaladas en un amplio cobertizo construido en lo más alto de una torre metálica. Se consideraba que aquél era el lugar más seguro, y probablemente quien lo ideó tenía razón.

Pero los hombres de Lane habían subido en silencio por los andamiajes, tras golpear por la espalda al hombre que montaba guardia abajo. Y ahora ya no había salida.

Todos los contables levantaron los brazos como si se tratara de un solo hombre.

De los guardianes, uno soltó su arma en seguida. El otro quiso ganarse el sueldo que cobraba.

Alzó el rifle y trató de disparar.

Sonó un disparo.

—¡Bravo, Sid!

El que siempre se maravillaba ante la puntería de su jefe había gritado otra vez.

El guardián se llevó ambas manos a la cabeza y las retiró tintas en sangre. Inmediatamente cayó hacia atrás, quedando inerte y quieto.

Nadie más se atrevió a chistar.

Cuatro asaltantes entraron por las ventanas, mientras los demás montaban guardia abajo.

—Los sacos…

Con la precisión de siempre, con la limpieza de siempre.

Los finos recipientes de seda fueron llenados esta vez con los billetes que hubieran debido servir para pagar a los doscientos hombres de una mina. Cuando estuvieron a rebosar, los forajidos se dirigieron de nuevo hacia las ventanas.

El cajero jefe se llevó las manos a la cabeza.

—Esto… es la ruina de la compañía. Tenemos la explotación casi paralizada y…

—Mejor. Así le cuadrarán las cuentas.

Todos desaparecieron.

—Ese Sid Lane, encima, tiene un humor macabro —dijo uno de los empleados con un soplo de voz.

Ninguno de ellos pensó en pedir socorro por el momento. Los forajidos podían tirotearles desde abajo.

Lo único que hicieron fue acercarse compasivamente, con una especie de supersticioso temor, al hombre que había recibido el balazo en la cabeza.

La pareja avanzaba a caballo por la llanura tranquila y apacible. A poca distancia, a un lado del bosque, se divisaba la ciudad de Jumbo.

Eran un hombre y una mujer.

Por la forma como avanzaban y se hablaban —cariñosos, pero distanciados—, se notaba que eran hermanos. Un par de novios hubieran forzado más la intimidad de la situación. Un par de casados —¡quién sabe!— tal vez ni se hubiesen mirado a la cara.

Ella era muy bonita y debía tener, como máximo, dieciocho años. Sus cabellos largos y rubios le caían por la espalda. Todo en la muchacha parecía una imagen de la plenitud, de la juventud, y, ante todo, de la pureza.

En cuanto al hombre, debía tener irnos veinte años. Iba armado con un rifle, pero se notaba que no pensaba en el arma. Estaban ya demasiado cerca, de la ciudad para que pudiese ocurrir algo.

Fue él quien murmuró:

—Creo que hemos hecho una buena compra. Papá estará contento.

—Sí. Los dos sementales son magníficos.

—Me hubiera gustado traerlos conmigo, pero el vendedor dijo

que hacía falta mucha experiencia. Que podían escaparse si uno no conocía bien el modo de tratarlos.

La chica parpadeó.

—Bueno, menos mal. Ya estamos en casa.

—¿Has pasado miedo?

—Sí, un poco.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? Como si tú no supieras que por aquí actúa ahora la banda de Sid Lane…

—Pero a nosotros…, ¿qué nos van a robar?

Ella sonrió, tranquilizada. En efecto, ¿qué iban a robarles? Además, ya estaban prácticamente en casa. Sólo tenían que pasar por delante de aquel brazo de bosque…

Desde la espesura, les miraban diez pares de ojos.

La banda había crecido aún más. Ahora Sid Lane contaba con nueve hombres a sus órdenes. Aquello parecía un polo de atracción para todos los forajidos de Nevada. Los indeseables más buscados, los granujas más irredimibles y las cabezas más cotizadas acudían de todas partes para unirse al grupo de Sid, que les prometía las tres cosas que más anhelaban: aventura, impunidad y dinero.

Sid murmuró:

—Bonita la chica, ¿eh?

El que estaba a su lado entornó los párpados.

—Es una maravilla. Y con esa cara de pureza…

El jefe apretó los labios.

—La quiero para mi.

—¿Aquí? ¿No será peligroso?

—Alguna vez hay que divertirse, ¿no? ¿O quizá la vida consiste sólo en ganar dinero?

—Pero quizá arriesguemos todo lo que hemos conseguido. La ciudad está muy cerca.

—He dicho que la chica me gusta, y basta. Además, no habrá ruido.

—De acuerdo. Pero luego nos divertiremos todos, ¿no?

—No.

El otro parpadeó, sorprendido.

—¿Y por qué?

—En cuestión de mujeres, resulto muy exclusivo. La que es mía,

es mía solamente.

—¡Pero si luego no te importará…!

—Lo que yo digo es ley. ¿O no? Repito que la chica la quiero para mí solo.

—Está bien… —mascullò el otro—. Pero sabe mal que sólo tú disfrutes de una preciosidad como ésa…

—Si no estás conforme recuerda a Abott…

El que ahora era lugarteniente de Sid Lane apretó los labios.

Sí, recordaba a Abott como lo recordaban todos. No hacía falta que se lo mencionase. Sid Lane lo mató apenas se vieron de nuevo cara a cara, después de que el jefe se hubo fugado de Leavenworth. Motivo: Abott le había mirado de un modo atravesado. No se podía gastar bromas con Sid Lane. Y eso que Abott y él habían sido compañeros durante muchos años… Prácticamente era el único que quedaba de la vieja banda, la cual se deshizo cuando fue apresado por el jefe.

Fue ese recuerdo el que hizo que el actual lugarteniente agachara la cabeza.

—Transmite eso a los hombres: No quiero molestias mientras me quedo con la chica.

—Bien.

Los dos jinetes estaba ya pasando materialmente junto al bosque. El sendero que seguían bordeada los árboles.

Se oyó un disparo.

El muchacho lanzó un grito al darse cuenta de que había sido atravesada la cabeza de su caballo. Cayó de bruces y quedó medio inconsciente. En aquel instante, como una marea que avanza brutalmente, tres pistoleros se abalanzaron sobre él. Varias culatas aplastaron su cráneo.

Ella intentó huir desesperadamente, picando espuelas, pero un segundo balazo acabó también con su caballo. La muchacha cayó de costado, lanzando un gemido. Vio entonces confusamente que un hombre, saliendo como un rayo de entre los árboles, saltaba hacia ella.

Las descripciones que había leído se lo hicieron recordar inmediatamente. Era…, ¡era Sid Lane!

Trató de lanzar un grito de horror, pero ni eso pudo, inmediatamente una mano la golpeó en la nuca, dejándola medio

aturdida.

Notó confusamente que unas manos fuertes y ásperas la sujetaban. Y que unos brazos poderosos la arrastraban hacia el interior del bosque.

Todos los pistoleros miraron con envidia sus esculturales formas. Observaron con deseo su cara crispada, pero maravillosamente bonita.

Instantes después se oía en el interior del bosque un grito desgarrador, agónico, El grito de una muchacha que quisiera morir.

Capítulo III

En Paradise Valley tenía lugar una auténtica reunión de estado mayor. Todos los representantes de la ley que había en la zona acababan de congregarse allí. Se había elegido Paradise Valley como punto de enlace por estar aproximadamente en el centro del sector donde actuaba Sid Lane, y porque se daba por descontado que el forajido llegaría allí tarde o temprano. La única mujer a la que demostró amar, Paulina Grey, aún vivía en Paradise Valley…

El federal Mikane, jefe de zona, presidía la reunión en la oficina del *sheriff*.

—Hemos de tomar decisiones —explicó—. La audacia de Sid Lane está llegando a extremos que la ley no puede tolerar por más tiempo. Estoy tan inquieto que hasta he pensado pedir la ayuda del ejército y declarar toda esta zona de guerra, pero ello equivaldría a reconocer nuestra impotencia, de modo que me resistiré todo lo posible a tomar semejante medida. No obstante la situación es tan grave que hemos de agrupar nuestras fuerzas y actuar implacablemente para destruir a esa banda.

Todos asintieron en silencio.

Uno de los que asistían a la reunión era el abogado Cliff Morton.

Desde que su boda se truncó en el último momento, podía decirse que no había hablado con nadie. Iba taciturno y reflexivo de un lado a otro de la ciudad. Cada vez que oía hablar de una nueva canallada de Sid Lane giraba la cabeza hacia otro lado y se escabullía, como si él se considerara responsable de todo, como si se avergonzara de que personas como Sid Lane —e incluso él mismo —, siguiera viviendo.

El federal Mikane prosiguió:

—He convocado a todos los que últimamente se han visto

perjudicados por ese forajido. Quiero reunir información de primera mano. Lo que no sé es cuántos acudirán.

En aquel momento la puerta del despacho se abrió bruscamente.

Un hombre alto, de media edad, con el sombrero puesto y aspecto no de haber dormido a gusto desde que nació, apareció en el umbral:

Mikane estuvo a punto de lanzar un grito:

—¡Russell!

Russell avanzó dos pasos. Daba la sensación de un hombre que aún no acababa de creer que sigue vivo.

—He sabido que se convocaba esta reunión —dijo simplemente.

Todos le miraban como si fuese un aparecido.

—Pero, Russell… —farfulló Mikane—, me dijeron que habías muerto…

El federal se quitó el sombrero.

Dos anchas cicatrices segaban sus cabellos en la parte superior de su cabeza. Eran cicatrices de bala y aún estaban muy recientes. Además de llevársele cabellos, los plomos también debían haberle arrancado piel, dejando el hueso desnudo. Pero aquellas cicatrices no ofrecían, una vez curadas, ningún peligro especial.

—Aún no puedo creerlo —musitó Russell—. Ando y me parece que no son mis pies los que se mueven; miro mis manos y tengo la sensación de que pertenecen a otro. El hecho de seguir con vida es como un milagro.

Mikane se pasó una mano por la boca, que se le había quedado seca.

—Me dijeron que ese tipo te había disparado a dos pasos de distancia.

—En efecto. Y dijo que los federales éramos lo que más odiaba en este mundo.

—¿Cómo es posible que no te volara la cabeza?

—No lo comprendo. Debió temblarle el pulso…

—¿Era Sid Lane?

—Seguro. Lo tuve a dos pasos.

—Pues, resulta increíble…

Russell se tocó la cabeza.

—Me ha dicho el médico que el pelo volverá a crecer y tapará las cicatrices. Que aquí no ha pasado nada. La verdad es que aún

me parece que todo es mentira.

Los rostros de todos los representantes reflejaban el más absoluto asombro.

Y los ojos de Cliff Morton brillaron en aquel momento con una expresión extraña.

Fue entonces cuando la puerta se abrió de nuevo.

Un individuo muy alto, casi desgarbado, apareció en el umbral. Llevaba el sombrero puesto.

—Soy guardián a sueldo de la Sulphur Company —dijo—, y he sabido que se celebraba esta reunión.

Mikane abrid mucho la boca.

—A usted también le baleó Sid Lane…

—Sí.

—Oiga… No me diga que, quitándose el sombrero, aparece una cicatriz en su cabeza. No me diga que la bala solamente le rozó, sin matarle.

El hombre alzó en silencio su sombrero.

Y, en efecto, bajo él apareció una cicatriz que se parecía a las de Russell como una gota de agua a otra.

Mikane estaba que se caía de asombro.

Balbució:

—¿Pero esto qué diablos es?

No daba crédito a sus ojos. Todo aquello empezaba a parecerle una extraña broma.

Los ojos de Cliff Morton volvieron a brillar.

—Quizá le tembló el pulso a Sid Lane —dijo el guardián—. Tuve una suerte que no volveré a tener en el resto de mi vida.

—Pero… ¿es posible una coincidencia así?

Los asistentes a la reunión se miraban unos a otros, sin dar crédito a sus ojos.

Pero sus sorpresas no habían terminado aún.

La puerta volvió a abrirse. Y lo que apareció entonces en el umbral no fue un tipo alto y desgarbado, sino una muchacha que quitaba el hipo.

Era una auténtica princesa.

Tan bonita, tan fina, tan…

El federal Mikane gritó:

—¡Señores! ¡Basta de pensar lo que estamos pensando!

¡Deberían avergonzarse! ¡Seguro que ya han medido todos con los ojos las caderas de esta señorita!

Todos guardaron silencio.

—Hum… Yo diría que hace noventa y ocho —musitó el federal.

Y volvió a sentarse tan tranquilo.

Los labios de la muchacha temblaron un momento, mientras cerraba la puerta a su espalda.

—En toda la comarca se habla de esta reunión —musitó—, y he creído que mi obligación era venir.

—¿Usted quién es?

—Me llamo Sonia. Vivo en la ciudad de Jumbo, cerca de aquí.

—Bien.

—Volvía con mi hermano de comprar unos sementales cuando fuimos atacados muy cerca de la ciudad, junto al bosque que hay a dos millas de ésta. Mataron nuestros caballos, y a Tom le dejaron sin sentido de varios culatazos. Luego, Sid Lane me arrastró al interior del bosque.

—¿Era Sid Lane?

—Claro que sí…

—Si no quiere seguir hablando no lo haga, muchacha. Nos imaginamos el resto. Y debe ser terrible para usted recordar todo lo que pasó.

—Es que no pasó nada.

Todos los que estaban en el despacho quedaron petrificados. Les parecía que aún seguían gastándoles una broma.

—¡Hum…! A ver, explíquese… —susurró Mikane.

—Después de golpearme y dejarme casi sin sentido, Sid Lane me arrastró, como les he dicho, al interior del bosque. Cuando me di cuenta de lo que sucedía, la situación no pedía ser más horrible para mí. Estaba tumbada sobre una zona de hierba mullida, y Sid Lane me miraba con ojos llameantes. Supe lo que iba a suceder y deseé morir…

Mikane susurró:

—Sí… siga.

—Entonces, él me pidió que gritara con todas mis fuerzas, como si me estuvieran matando. No necesitó repetirme eso, porque lo que yo quería justamente era gritar, gritar como una loca, con la esperanza de que alguien me oyese. Una vez hube chillado, me

pidió en voz baja que huyese por el lado opuesto del bosque, sin que nadie me viera.

—¿Y… y eso fue todo?

—Todo.

—¿De modo que… ni un hilo de la ropa?

—Puede decirse que ni siquiera me rozó.

—Pues sí que tienen pocas iniciativas los jóvenes de hoy en día —murmuró el federal.

Cliff Morton se levantó entonces.

—¿Quieres un trago de *whisky*, Sonia?

—No, gracias. No bebo nunca. Y ahora, la verdad, ya se me ha pasado el miedo que entonces tuve.

Cliff susurró:

—Por favor, siéntese. Y si decimos algo que no se ajuste a la realidad, corríjanos.

Miró a los otros reunidos.

—Creo —dijo Cliff Morton suavemente— que ese hombre no es Sid Lane.

—¿Cómo?

—¿Qué?

Todos le miraron sin intentar disimular su asombro.

—La situación no es nueva —dijo Cliff Morton—. A veces se ha dado ya, aunque no concretamente en Nevada, Un preso peligroso, y que por tanto está solo en su celda, muere en prisión. Entonces un federal que se parece mucho a él y que ha estudiado todas sus costumbres, le sustituye. Finge ser el forajido que ha logrado fugarse.

—¿Con qué objeto?

—Parece mentira que ustedes, hombres experimentados al servicio de la ley, pregunten eso. Un nombre «prestigioso», como el de Sid Lane, atrae poderosamente a toda clase de forajidos dispersos, que se ponen a sus órdenes y actúan con él. Naturalmente, éste ha de ganarse en seguida el respeto de sus hombres. Ha de demostrar que es temible y que una vida humana no tiene la menor importancia para él.

—¿Por eso mató a dos hombres en Carson City?

—Concretemos. ¿Quiénes eran esos dos hombres?

—Pues… dos tipos dudosos. De esos que nunca sabes si han

robado simplemente un caballo o han asesinado a una familia entera. Nadie lamentó su muerte.

—Y seguramente conocían al verdadero Sid Lane —murmuró alguien.

—Yo casi juraría que ésa es la razón fundamental de su muerte —remachó Cliff—. Tener la seguridad de que nadie le delataría.

Uno de los reunidos alzó la cabeza.

—También oí hablar de la muerte de Abbot, antiguo lugarteniente de Sid Lane. Fue éste quien le mató antes de dejarle decir una palabra.

—Y lo hizo por dos razones —dijo Cliff Morton—. Una para demostrar a todos que él no temía ni respetaba a nadie. Dos: para que no pudiese decir Abott que el verdadero Sid Lane no era el tipo que tenía enfrente. He oído decir que le liquidó antes de que pudiese abrir la boca.

Mikane, que era un federal de ideas anticuadas, cabeceó lentamente.

Entendía bien todo aquello, aunque, no le gustaban los métodos tan complicados. Por eso preguntó:

—¿Qué se pretende exactamente con un plan así?

—Es sencillo —siguió diciendo Cliff Morton—. Todos los indeseables del estado se agrupan en torno al nombre a quien consideran jefe indiscutible, el hombre que tiene una leyenda de sangre y de éxito en torno a su cabeza. Resultado: Ya no se trata de cien bandas dispersas contra las que casi es imposible luchar, sino de una sola y enorme banda… dirigida por un agente del Gobierno.

Todos los que estaban en el despacho hicieron gestos de comprensión. Y Mikane pareció uno de los más convencidos.

—¿Quiere decir que Sid Lane atraerá a toda esa gente a una trampa? —susurró—. ¿Y que una vez exterminados devolverá el dinero que ha fingido robar?

—Exactamente. Y la limpieza de Nevada será total.

—¿Pero cómo es que no sabíamos nada nosotros? —preguntó el *sheriff* de Paradise Valley—. Ni siquiera Mikane, que tiene mando sobre una amplia zona, conocía la existencia de ese plan.

—El secreto es fundamental en un caso así —murmuró Cliff—. Todo este asunto no será revelado hasta el último momento. Hasta que sea necesario destruir a la banda entera.

Miró a los allí reunidos, especialmente a los que habían llegado en último lugar.

—No necesito decir —expuso— que todo lo que se ha hablado aquí es absolutamente confidencial. Cualquier desliz podría hacer que la noticia llegara a oídos de los hombres del falso Sid Lane, y entonces todo se perdería. El secreto debe ser guardado celosamente durante unas fechas aún, hasta que llegue la orden de aniquilar a la banda.

Todos asintieron. Todos, incluso Sonia.

Se daban cuenta de la importancia del plan y de lo esencial que era mantenerlo oculto hasta el último momento.

—Yo propongo —dijo Cliff—, que de todos modos sean tomadas medidas de seguridad normales, para no llamar la atención. Si nos descuidáramos, esos hombres llegarían a pensar que algo extraño sucede. Ninguno de ellos es tonto. ¿Opina usted lo mismo, Mikane?

—Desde luego que sí.

—En ese caso le ruego que tome las medidas necesarias, y sobre todo advierta de nuevo que cualquier violación de este secreto será castigada implacablemente. Yo me siento ahora muchísimo más tranquilo. No se lo pueden ni imaginar… Podré hacer dos cosas que me interesan mucho.

—¿Cuáles? —preguntó Mikane.

—¿Aún no lo imagina? La primera de ellas, casarme de una vez…

CAPÍTULO IV

Cliff Morton había dicho que tenía dos cosas importantes por hacer y que la primera era casarse. Pero en realidad, empezó por la segunda.

Fue a ver a su amigo Glenn.

Glenn había sido, durante bastantes años, jinete del *Pony Express*. Es decir, había ejercido una de las profesiones más difíciles que se conocían en el Oeste.

Con su caballo, su revólver y su rifle, transportaba el correo de un lado a otro de Nevada, desafiando las cordilleras, los ríos, los forajidos, las nevadas, las inundaciones y hasta los nidos de serpientes venenosas. El promedio de vida de un jinete del *Pony Express* era de cuatro años. Glenn había logrado resistir ocho, hasta que lo dejó.

Lo dejó para ejercer otro trabajo aún más peligroso.

Glenn transportaba ahora dinero, valores y joyas por cuenta de particulares que no se fiaban de las diligencias o no podían esperar a que éstas hicieran su recorrido normal. El trabajo era aún mucho más peligroso que el del *Pony Express*, porque atraía en mayor número la codicia de los forajidos. Pero hasta ahora, Glenn había salido con bien de todo aquello, combinando tres cosas: prudencia, rapidez y convencimiento perfecto del terreno que pisaba.

Sin embargo, últimamente, llevaba una semana sin hacer nada. Y Glenn necesitaba dinero.

Hizo un gesto de desaliento cuando Cliff Morton le visitó en su casa.

—¿Qué tal Sigrid?

—Peor —susurró. Glenn.

—Habrá que operarla, ¿no?

—Sí. Y tendré que llevarla a Carson City. El médico de Paradise Valley no se atreve a tocar un bisturí.

Cliff terminó de entrar y se sentó en una de las sillas de la modesta vivienda de su amigo.

—Desde que nació Sigrid, hace tres años, has tenido un martirio con ella —dijo.

—Tú lo sabes mejor que nadie. He ganado bastante dinero, pero todo es poco para medicinas que he de hacerme traer muchas veces desde Europa. Y encima debo algunas sumas a bastante gente, en especial a ti.

—Por mí no debes preocuparte. Incluso te dije que te prestaría lo necesario para que llevaras a Sigrid a Carson City.

—No quiero deber más dinero. Estoy harto de pedir.

Prefiero ganármelo yo solo.

—Precisamente de eso quería hablarte, Glenn.

El jinete hizo un gesto de interés.

—¿Qué sucede?

—¿Recuerdas la conducción que tienes encargada desde hace una semana? ¿La del collar de esmeraldas de la difunta señora Scott, y por el que sus herederos te entregarán quinientos dólares, apenas lo deposites en el Banco de Salt Lake City?

—Claro que me acuerdo. ¡Y con la falta que me hacen esos quinientos dólares!

—¿Recuerdas que yo mismo te aconsejé que no salieras, porque la banda de Sid Lane merodeaba por aquí y ese viaje podía costarte la vida?

—Claro que me acuerdo también… A ti siempre te ha fastidiado que la gente muera. Por eso no podrías ser fiscal, y verdugo mucho menos.

—Lo de abogado defensor es lo que mejor me cuadra —rió Cliff —. Bueno, pero eso es agua pasada… Las cosas han cambiado, muchacho. Sid Lane ha muerto.

—¿Qué…, qué dices?

—Te cuento esto a ti, pero es un absoluto secreto. No lo mencionaré a nadie más, y tú tampoco debes hacerlo.

—¿Qué ocurre?

Cliff Morton contó a su amigo todo lo que había sucedido en la reunión que tuvo lugar en el despacho del *sheriff*. Sabía que podía

contar con su absoluta discreción.

Los ojos de Glenn se iluminaron.

—¿Quieres decir que se trata de un federal que, con esa treta, quiere limpiar Nevada de forajidos?

—Estoy seguro de ello.

—Diablo…, ¡entonces, la cosa cambia!

—Puedes hacer ese trabajo y ganarte los quinientos machacantes. Si te encuentras con la banda, puedes estar seguro de que el falso Sid Lane no te dejará matar. Lo peor que puede ocurrirte es que sufras una cicatriz en la cabeza… Ese hombre tiene una puntería prodigiosa. En el caso de que lleguen a robarte, no debes preocuparte por eso. El collar te será devuelto más tarde.

Glenn tragó saliva, sin disimular su ansiedad.

—¿Estás seguro de lo que dices, muchacho?

—Por lo que te he contado, tú mismo puedes juzgar.

—Entonces haré ese trabajo. El riesgo que corro es mínimo. ¡Y me ganaré quinientos dólares que me hacen muchísima falta!

Cliff sonrió.

—Eso es lo que quería decirte, muchacho. No he perdido ni un minuto en hacerlo. Y ahora, ¿me invitas a un trago?

—Cla…, ¡claro que sí!

Todavía con las copas en las manos, entraron en el dormitorio a ver a la pequeña Sigrid.

Aquella niña de tres años era el orgullo, y al mismo tiempo el tormento de su padre. Podía asegurarse que en todo Paradise Valley no había una niña tan preciosa como ella. Pero Sigrid había nacido con una arteria semiocluida, y su corazón trabajaba forzado y con una angustia casi mortal. A veces la pequeña se ahogaba. Desde hacía un año no podía moverse de la cama, porque cualquier esfuerzo podía resultarle fatal. El médico de Paradise Valley decía que no llegaría a cumplir los cinco años.

Pero un cirujano de Carson City hacía aquellas arriesgadísimas operaciones, y, al parecer, con éxito. Había empezado a practicar durante la guerra civil, extrayendo balas que se alojaban cerca del corazón. Luego se atrevió a intervenir directamente en las arterias.

Lo que le ocurría a Sigrid podía solucionarse con cierta facilidad, pero sólo aquel hombre podía hacerlo. Y cobraba elevados honorarios, aparte de que la convalecencia duraría un año.

Glenn la miró con renovada esperanza.

—¿Sabes, Sigrid? Mañana yo saldré de viaje, para regresar dentro de diez días. Y entonces iremos a Carson City. Yo te juro que antes de la próxima Navidad vas a ser la niña más alegre y más bonita de Nevada. Por éstas.

Cruzó los dos dedos y los besó, para que la pequeña lo creyese.

Marta, la esposa de Glenn, que estaba en la habitación con la pequeña, les miró con una mezcla de extrañeza y curiosidad.

—¿Qué os ocurre? Os veo muy animados a los dos.

—No puedo darte detalles, pero las cosas van bien —dijo Glenn —. Voy a emprender ese viaje.

—Es que…

—¡Chíst! Tú confía en Cliff Y en mí…

Marta les sonrió.

Sí, ella confiaba ciegamente en Cliff Morton.

Cuatro años antes, cuando Glenn y ella se casaron, Cliff había sido su padrino de bodas. En aquella ocasión, Cliff había dicho: «Muchacho, siento ser el padrino en lugar del novio. Te llevas a la mujer más bonita de Nevada…».

Y en cierto modo lo era aún. Sólo Paulina Grey podía comparársele. Marta, a pesar de que su vida no había sido precisamente un camino de rosas, resultaba una mujer endiabladamente tentadora y bonita. Y lo resultaba más precisamente por el hecho de que no quería serlo. Siempre sin pintarse, siempre limpia y sincera, siempre mirando de frente, había hecho soñar a muchos hombres en cómo serían sus palabras de amor. En cómo resultarían sus labios besando. Y en lo que habría debajo de sus ceñidos vestidos que insinuaban el cuerpo perfecto de la muchacha de veinte años, pues Marta no tenía más. Se había casado siendo una chiquilla.

Su mirada iluminada fue del rostro de Cliff al rostro de su marido.

—¿De verdad todo podrá arreglarse, Glenn?

—Dentro de diez días justos.

—Oh, no… ¡no sabéis lo que esto significa para mí!

Cliff le tendió un dólar.

—¿Quieres hacernos un favor, Marta? Me parece que Glenn y yo nos hemos terminado el último *whisky* que quedaba. ¿Por qué no

compras otra botella? A lo mejor hasta Sigrid quiere echar un trago.
Ella sonrió alegremente.
—En seguida…
Se quitó el delantal y salió a la calle. Obedecía lo que le mandaban como lo que era, como una chiquilla. Glenn pensaba que no podía haber mujer más perfecta en el mundo, y le torturaba no poder resolver sus pro ciernas, verla siempre triste.
Desde su casa al *saloon* había diez pasos, o sea, que el camino no significaba ningún peligro. Solamente Marta tenía que atravesar una pequeña zona oscura. Y acababa de llegar a ella cuando unos brazos se interpusieron en su camino, deteniéndola de pronto.
Unos ojos brillaron como bengalas en la penumbra.
—Marta…
Ella se desasió bruscamente.
—¡Déjame, Rock!
—¿Por qué me desprecias así? ¿Es que no puedes ni escucharme?
El hombre que le hablaba era alto, joven y fuerte. En cierto modo se parecía a Glenn.
—No puedo escucharte porque soy una mujer casada y porque amo a mi marido.
Las palabras, dichas fríamente, produjeron en el rostro de Rock el efecto de una bofetada.
Sus manos temblaron. Sujetó de nuevo a la mujer con terrible fuerza, con tanta fuerza que le cortó la respiración.
Ella jadeó:
—Suél… tame…
—Antes quiero que me escuches.
—¡No tengo nada que escuchar!
—Yo fui tu primer novio. Y me hubiera casado contigo de no surgir ese maldito Glenn.
—No fuiste mi primer novio. Simplemente entonces yo no sabía lo que quería. Era una chiquilla. Éramos amigos y nada más.
—Pero te encandilaste con Glenn…
—Él era mejor que tú. ¡Y no tienes ningún derecho a hacer comentarios de esa clase!
La voz de Rock se hizo suave, un poco ansiosa:
—Marta, yo nunca he dejado de quererte…

—Si me amaras no me ofenderías de ese modo. Porque sólo por el hecho de hablarme así, ya me haces daño.

—Si tú quisieras…

—Pero no quiero.

—¿Qué necesidad tienes de seguir sujeta a ese hombre? Te ha demostrado que no sirve para nada. Ni siquiera la hija que te ha dado merece la pena…

Marta casi gritó, a pesar de que corría el riesgo de que la oyesen:

—¡Calla! ¡O te clavo las uñas!

—Hasta eso me gustaría, Marta. Hasta eso te pediría que me hicieses con tal de tenerte cerca.

—¡No eres más que un maniático, Rock! ¡Y un obsesionado! ¡Me das asco!

Se desasió violentamente otra vez, mientras él rechinaba los dientes.

—Si tuviera dinero ya sería otra cosa, ¿verdad? —dijo roncamente.

—A mí el dinero nunca me ha importado —susurró ella—. Y la prueba es que Glenn no lo tiene.

—Pero tú esperabas que lo tuviera. ¡Oh, sí! ¡Entonces un jinete del *Pony Express* ganaba mucho! Más que un pobre vaquero como yo, ¿verdad? Pero te ha salido el tiro por la culata. ¡No hablas del dinero porque no lo tienes, pero te pasas la vida deseándolo! ¡Y si yo fuese rico ya habrías plantado cien veces a Glenn para venir conmigo! ¡Ya estaríamos los dos en San Francisco disfrutando la luna de miel!

Las palabras del hombre eran roncas, ásperas, cargadas de rencor.

Marta se tapó los oídos con las manos. No quiso seguir escuchándole.

Corrió agitadamente hacia el *saloon* y compró lo que le habían encargado.

Cuando volvió a su casa los dos hombres aun estacan allí, charlando animadamente con la pequeña.

—El *whisky* —dijo—. Podríais descorchar la botella, a ver si os gusta esta marca. Ah… Te prepararé las cosas cara al viaje, Glenn.

Tenía las mejillas un poco más coloreadas que cuando salió. Y respiraba más agitadamente.

Pero, por lo demás, nadie notó nada anormal en ella.

CAPÍTULO V

Un jinete alto, vestido de negro, que llevaba el sombrero muy echado sobre los ojos, llegó a la cima de la colina.

Su repentina aparición hizo que una bandada de pájaros también negros emprendiese el vuelo. El jinete acarició la culata de su revólver y oteó el horizonte, mientras aspiraba, quieta y profundamente, el aire, como si olfatease un rastro.

Al fin siguió hacia su derecha.

Había un bosquecillo allí, bajo la colina, hundido ya en las primeras sombras de la noche.

Pero la penumbra permitía distinguir aún con claridad los troncos de los árboles. Y le permitió ver, por supuesto, la cruz que alguien, con una navaja, había grabado en uno de ellos muy recientemente.

Era la señal.

El jinete siguió avanzando, ahora a la izquierda de aquella marca.

Las sombras le envolvían cada vez más, haciéndose casi invisible a causa de sus ropas negras.

Pero alguien le veía, sin embargo. Alguien que le había estado vigilando y de pronto gritó:

—¡Alto!

Cualquiera que le hubiese visto la cara habría pensado con un estremecimiento:

—Diablos… ¡Pero si es Sid Lane!

El jinete penetró en el bosque, que hasta entonces había bordeado. Un rifle apareció entonces de repente, apuntándole a la cabeza.

—¡Quieto!

—No hace falta que exageres tanto las cosas, Gus.

El así llamado bajó el rifle, sonriendo.

—Bueno, hasta oír tu voz no he estado seguro, muchacho. Siempre se teme una trampa.

Sid Lane descendió de su caballo y se quitó los guantes.

—Bueno, Gus, hacía meses que no nos veíamos… ¿Qué tal las cosas por Washington?

—Dicen… Dicen que van a ascenderte.

—¿Por qué?

—Nunca un federal ha tenido un trabajo tan delicado ni lo ha hecho tan bien como tú.

—Bah, tampoco era tan difícil. Me parezco mucho a Sid Lane, y eso es todo. Con procurar eliminar en seguida a cualquiera que le conociese bien, lo demás estaba resuelto.

—Pues has demostrado una puntería fabulosa…

—Eso me preocupa. Los «muertos» aparecerán pronto por ahí, y eso puede comprometerme ante «mis hombres». Sí llegan a sospechar que he tirado a no dar, me linchan. Claro que yo siempre he dado por supuesto que ese asunto se liquidaría pronto. Ahora ya tengo once pistoleros en la banda. ¿Cuándo preparamos la encerrona convenida?

—Ya hay órdenes sobre eso mañana.

—¿Y dónde?

—Mira.

Gus, con un palo, dibujó un plano en el suelo. Aún se veía lo suficiente, acercándose, para seguir las líneas. Conociendo bien la comarca, aquello estaba claro como el agua.

—… Y cuando estén en este pequeño valle —terminó Gus—, les achicharraremos si no se rinden. Habrá cincuenta hombres apostados entre estas rocas, todos ellos armados con rifles. No tirarán a mansalva, sino cuidadosamente. Lo único que tú has de hacer es vestir de negro, como ahora, y no moverte demasiado. Así los disparos no te alcanzarán.

—De acuerdo.

—¿Has grabado bien el plano en tu memoria?

—Perfectamente. Oye, Gus…

—¿Qué?

—Cuando me encargaron de este trabajo y me hicieron tragarme

todas las costumbres y características de Sid Lane, yo no sabía aun lo que había sido de él. ¿Cómo murió realmente?

—En un incendio. Se quemó toda una parte de la prisión de Leavenworth, precisamente donde él estaba.

—¿Murieron muchos?

—Cinco presos y un guardián.

—Vaya esas cosas siempre son tristes.

—Tratándose de Sid Lane, no. Quedó achicharrado.

El federal se encogió de hombros.

—En fin… Asunto concluido. Hasta mañana a la hora convenida, Gus. No quiero tardar más porque los de la banda, se extrañarían. Di a tus hombres que tengan buena puntería.

—Descuida, han sido seleccionados.

—Adiós, muchacho.

—Suerte…

El jinete negro volvió a montar en su caballo y salió del bosque, dirigiéndose a la colina por la que poco antes descendiera.

Pero no llegó a ella.

De pronto alguien saltó de entre unos altos matorrales, justo cuando el jinete pasaba a muy corta distancia. El salto fue digno de un puma, Antes de que el federal se diera cuenta, su agilísimo enemigo ya le había derribado del caballo y estaba sobre él, en el suelo, con la punta de un cuchillo clavada en su garganta.

Al principio, el federal pensó que se trataba de uno de los miembros de la banda, que por lo que fuese había descubierto el juego.

Pero cuando vio aquel rostro congestionado sobre él, cuando distinguió aquellos ojos diabólicos, cuando tuvo la suficiente serenidad para notar que ambos se parecían, la idea increíble, brutal, penetró en su mente como una bala.

Con un soplo de voz farfulló:

—¡Sid Lane!

Capítulo VI

El verdadero forajido, el hombre a quien todos su ponían achicharrado en la prisión de Leavenworth, le clavó levemente la punta del cuchillo en el cuello, hasta que brotó la sangre.

La lengua de acero rozaba materialmente la yugular del federal.

Éste comprendió que estaba perdido. No podría hacer un solo movimiento. Si intentaba defenderse, a su enemigo le bastaría apretar un poco, hacer un esfuerzo insignificante, para degollarle.

Y sus ojos brillaban satánicamente. Eran los de un loco sediento de venganza.

—Quiero saber cuál es tu verdadero nombre… —silabeó Sid Lane—. ¡Quiero saberlo de una maldita vez!

—Me llamo Patrick.

—¿Para quién trabajas?

—Para el Gobierno de Estados Unidos.

Sid Lane rió, sardónico.

—Algo de eso imaginaba algo de eso pensé cuando supe, al volver a Nevada, que «yo» había dado no sé cuántos golpes, y que Abott, mi viejo lugarteniente, había sido liquidado sin dejarle tiempo para pronunciar una palabra… De modo que todo era una gigantesca trampa…, ¿eh? De modo que lo único que querías era organizar una escabechina…

Su voz destilaba odio. Patrick comprendió que le degollaría de un momento a otro.

¡Y él no podría hacer nada! ¡No conseguiría evitarlo!

Por eso intentó ganar tiempo desesperadamente, mientras susurraba:

—¿Cómo… has logrado llegar hasta aquí?

—Porque el incendio y el tumulto que se organizó me ayudaron

a huir de Leavenworth… Precisamente aquella mañana estaba cargando sacos en el almacén… El guardián que murió abrasado fue quien me envió a hacer ese trabajo, pero luego ya no pudo declarar… Un recluso que era cerrajero estaba repasando desde dentro la cerradura de mi celda, vigilado por el guardián, cuando el fuego les acorraló. Murieron sin remedio todos los que estaban allí, y poco después era hallado mi cadáver, mientras yo aprovechando el tumulto, huía… Como huyeron otros varios, no se sabe aún bien quién la palmó y quién consiguió escapar. Pero yo estoy aquí… Yo estoy vivo y dispuesto a seguir estándolo por mucho tiempo… al contrario que tú.

Patrick susurró desesperadamente:

—Hagamos un trato…

No tenía miedo a la muerte, pero le horrorizaba acabar de aquella manera ignorada y anónima, inútil, sucia.

—¿Qué clase de trato?

—Yo te digo dónde está tu banda y tú me respetas la vida. Puedes atarme a un árbol para tener la garantía de que no iré a delatarte en seguida y de que dispondrás de tiempo para huir.

Sid Lane rió silenciosamente.

—¿Crees que ese trato puede convenirme?

—Claro que te conviene. Si buscas a tu banda a ciegas, te expones a no encontrarla nunca.

—Muy bien… Trato hecho. Dime dónde está.

Patrick no podía elegir.

—Detrás de esa colina encontrarás una casa. Parece abandonada, pero no lo está. La banda se encuentra dentro. Ve con cuidado y da la consigna antes de que te acribillen.

—¿Cuál es la consigna?

Patrick estuvo a punto de mentir para que sus propios forajidos acribillasen a Sid Lane. Pero al fin no se atrevió por si éste lo comprobaba haciéndole acompañarle hasta allí. Y dijo la verdad.

—La consigna es: «Marco», separando las sílabas y repitiendo el nombre tres veces.

—De acuerdo.

Patrick sudaba copiosamente. Sentía que las gotas de sudor —heladas como la nieve— le resbalaban por el cuello.

—Sid, hemos hecho un trato…

Sid Lane rió burlonamente.

—Claro, muchacho… Y los caballeros respetan siempre los tratos que hacen.

Clavó hasta, el fondo el cuchillo en la yugular de Patrick, degollándole.

—Pero yo no soy un caballero, —añadió roncamente.

Dio un nuevo corte, separando casi del tronco la cabeza de Patrick.

Y luego se puso en pie para mirarle sonriendo, como el que contempla un trabajo que le ha salido bien de punta a punta.

CAPÍTULO VII

Glenn notaba algunos síntomas de cansancio en su caballo.

Había salido de Paradiso Valley un día antes, atravesando el río Humboldt y dirigiéndose a una ciudad que tenía nombre de rey bíblico: Midas.

Luego había atravesado los Tuscarora Mounts y al fin había llegado al pie de la cordillera Independence, detrás de la cual el camino ya era más fácil y liso.

No era extraño que su caballo estuviese cansado.

Siempre avanzando en dirección oeste, hacia la aún muy lejana Salt Lake City, Glenn quería quemar etapas para estar de regreso cuanto antes en Paradise Valley.

Con un poco de suerte emplearía cinco días en llegar a Salt Lake. Y cinco días más para regresar.

Acarició el cuello de su caballo y desmontó.

—No voy a reventarte… —dijo, como si el noble bruto pudiera entenderle—. Yo sé lo que vale un buen caballo en esta tierra. Descansarás y pacerás un poco por aquí mientras yo preparo algo para la cena. Luego seguiremos aprovechando la luz de la luna. No quiero dormir tan pronto.

El caballo cabeceó como si hubiera entendido aquel plan y le diese su aprobación.

Glenn reunió unas cuantas ramas para hacer tina pequeña fogata y puso el rifle bien al alcance de su mano, aunque el ambiente era tranquilo. No se apreciaba, ni cerca ni lejos de los Independence, la menor presencia humana.

Palpó el sobre de tela que llevaba cocido a la parte interior de su camisa.

Un collar de esmeraldas. Una verdadera fortuna que tenía que

depositar en el Banco de Salt Lake City.

Se sentó en una piedra, ante la fogata ya encendida, y se dispuso a acercar un poco más el rifle.

De pronto sintió como si éste quemase. Y como si diera un extraño salto, animado de vida propia.

Lanzó un grito.

No oyó el disparo hasta una décima de segundo después, hasta que vio cómo la bala, increíblemente certera, destrozaba la caja de mecanismos de su arma.

Se puso en pie de un salto, sacando el revólver.

Pero ya era demasiado tarde.

Nada menos que once jinetes avanzaban hacia él, abiertos en abanico. Los once habían surgido de no se sabía dónde. De las piedras, de los árboles, del aire mismo. Y los once estaban ya tan cerca que resultaba inútil y absurda toda resistencia.

Con un poco de suerte podría matar a dos de aquellos hombres, quizá tres. Pero los otros le dejarían convertido en un pingajo.

Había sido sorprendido y tenía que amoldarse a las consecuencias.

Los jinetes se detuvieron a unos diez pasos.

—¡Tu revólver!

Glenn lo dejó caer a tierra.

—¿Puedo saber qué…, qué sucede?

—Tú eras jinete del *Pony Express*.

—Sí, pero de eso hace tiempo. Ahora ya sólo trabajo para mí mismo. Vivo tranquilamente en Paradise Valley.

—¿Sí, eh? ¿Y no transportas nada?

—¿Qué voy a transportar?

El que le había hablado hizo una seña a los que estaban más próximos a él.

—¡Registradle!

—Un momento —pidió Glenn.

—¿Qué ocurre? ¿Es que tienes algo que decir?

—Por lo menos saber con quién hablo.

El que ocupaba el centro del grupo se alzó el ala del sombrero, echando éste un poco sobre su nuca.

—¡Sid Lane!

Glenn dijo aquello con infinito alivio, aunque nadie lo hubiera

notado. En un momento recordó todo lo que le había contado Cliff Morton. La verdad era que hubiese preferido que aquello no le ocurriera, pero después de todo, el collar de esmeraldas estaba seguro. Iría a parar a manos de un federal que fingía ser el peor forajido de Nevada…

—No hace falta forzar las cosas —murmuró.

—¿Es que vas a ahorrarnos el trabajo de registrarte?

—Lo que llevo lo vais a encontrar igual.

Sid Lane sonrió socarronamente.

—Así me gusta. Que la gente dé facilidades…

—Llevo un collar. Sus actuales dueños iban a pagarme quinientos dólares por llevarlo hasta Salt Lake City.

—A verlo.

Glenn lo sacó. Ni por un momento tuvo la menor desconfianza. Las esmeraldas, bellísimas y enigmáticas, como todas las piedras de gran valor, brillaron ante los ojos de los forajidos.

Sid Lane pensó en seguida en lo que aquello valía. El hacía un viaje anual a San Francisco para vender joyas robadas. Nadie le conocía y nadie preguntaba nada allí, en el fabuloso Barrio Chino. Inmediatamente calculó el valor de aquel collar.

Descendió de su caballo y lo arrancó de un zarpazo de las manos de Glenn.

—Es, es perfecto…

Sus ojos brillaban codiciosamente. Sus manos temblaban de ansiedad ante aquella fortuna.

Glenn empezó a intranquilizarse, aunque de un modo muy remoto. La verdad era que aquel tipo, para ser un federal, hacía estupendamente bien el papel de bandido.

—Es suyo —dijo—. Por lo demás, no llevo ni unos dólares encima. Me he traído comida para cinco días que había de durar el viaje hasta Salt Lake. Supongo que puedo irme…

Sid Lane le miró socarronamente.

Había una lucecita macabra en sus ojos, una lucecita que no gustó nada a Glenn.

—¿Y por qué habías de irte?

—Ya habéis sacado lo que queríais. Y, aun suponiendo que yo hiciera muy pronto la denuncia, tardaría al menos un día entero. Hay tiempo sobrado para escapar.

—Desde luego. Pero la cárcel me ha enseñado muchas cosas, muchacho.

—¿Qué… cosas?

—Que nunca hay que dejar testigos a la espalda. Todos los que estaban entre rejas, todos los que vi ahorcar a lo largo de dos años en el cochino patio de Leavenworth, fue porque un día habían dejado tras ellos un testigo al parecer sin importancia. Y yo he aprendido la lección muy bien…

Glenn no comprendía.

Pensaba que todas aquellas frases estaban dichas para que las oyeran los forajidos y así dar «sensación» de jefe implacable. Pero, por otra parte, no comprendía aquella expresión maniática, casi loca, en los ojos del hombre que tenía enfrente.

Sid Lane aulló:

—¡Atadle a un caballo!

Fue entonces cuando Glenn se dio cuenta de la trágica realidad. O Cliff le había engañado o allí había cambiado *algo,* algo que daba a aquella situación un cariz terrible. Bruscamente intentó huir; nunca había rechazado el peligro, pero en aquella ocasión hubiera sido loco resistir. No podía luchar contra once hombres.

Además, tenía una mujer que le necesitaba. Y una hija que moriría si faltaba él…

Dio un ágil salto, intentando alcanzar unas rocas que había a la izquierda. Si pudiera llegar hasta allí… Más allá había un despeñadero por el que se arrojaría de cabeza. Necesitaba tener suerte durante cuatro, durante cinco segundos tal vez.

No la tuvo.

El rostro de Glenn reflejaba una patética ansiedad cuando Sid Lane le puso la zancadilla, cortando su salto en seco y haciéndole rodar por tierra.

—¿Te crees muy listo, eh?

Guardó amorosamente el collar en uno de sus bolsillos, mientras con la otra mano hacia una seña a sus hombres.

Glenn derribó de un puntapié al primero que se acercó a él, y pese a estar tendido en el suelo, logró conectar un salvaje puñetazo a la mandíbula del que se le acercó en segundo lugar, haciéndole rodar por el suelo. Pero no pudo rechazar ya a los otros.

Fue una auténtica marea humana la que se abatió sobre él. Los

golpes le dejaron parcialmente sin sentido. Notó confusamente que le ataban por los pies, e inmediatamente después se sintió arrastrado por el suelo pedregoso.

Lanzó un ronco gemido.

¡Iban a destrozarle! ¡Iban a darle la muerte más cruel que en aquellas circunstancias se podía imaginar!

Sid Lane gritó:

—¡Vamos, muchachos! ¡Aprisa!

Los jinetes emprendieron el galope, arrastrando a su víctima. El cuerpo de Glenn saltó de un costado a otro, mientras el antiguo *Pony Express* se mordía los labios salvajemente para no gritar y para tener, al menos, una muerte digna. Pronto las piedras y las zarzas abrieron terribles surcos en su cuerpo. Empezó a sangrar.

—¡Más aprisa!

La voz parecía llegar desde muy lejos, desde infinitamente lejos…

La cabeza de Glenn se abrió al chocar contra una afilada roca.

Su última palabra fue para la hija a la que ya no podía proteger:

—Sigrid…

Sid Lane, como enloquecido, como queriendo vengar sus sufrimientos de Leavenworth, siguió aullando:

—¡Aprisa! ¡Más aprisa…!

Hasta que se dio cuenta de que el cuerpo de Glenn había sido destrozado. De que los caballos ya no arrastraban más que un cadáver.

CAPÍTULO VIII

El federal Guss se pasó un pañuelo por la cara, cuando las gotas de sudor surcaban desde hacía rato.

No es que hiciera un excesivo calor. La temperatura podía soportarse bien.

Guss sudaba por otras causas. Sudaba de angustia, de incertidumbre, de miedo incluso.

Muy cerca de donde estaba había un verdadero ejército apostado entre las rocas.

Los hombres estaban impacientes. Acariciaban los rifles sin saber qué hacer. Algunos habían abandonado incluso sus puestos de vigilancia, olvidando las más elementales precauciones.

Un hombre barbudo, que llevaba una estrella al pecho, se acercó a Guss.

Éste le miró de soslayo.

—Hola, *sheriff*.

El otro escupió de costado.

—¿Se da cuenta de todo lo que ocurre, federal?

—Tengo ojos en la cara. Claro que me doy cuenta.

—Sí, tiene ojos en la cara… Lo que haría falta también, sin embargo, es que tuviera pensamientos en el cráneo.

—¿Qué quiere decir?

—La encerrona que preparaba a la banda de Sid Lane ha fracasado. Según usted, ya hace más de veinticuatro horas que debían haberse presentado aquí y debían estar ya todos muertos. Pero a este paso, los que moriremos seremos nosotros. Moriremos de aburrimiento y de asco. Eso no puede continuar.

Guss paseó una mirada de desolación en torno suyo.

Sí; el *sheriff* no exageraba. El panorama que se ofrecía ante sus

ojos era lamentable.

Ya no sabía duda de que algo había fallado. Patrick, o sea el falso Sid Lane, no había podido desarrollar sus planes. No había razón, por tanto, para continuar allí.

—¡Vamos! —gritó— al caballo.

Todos los hombres que habían estado apostados allí durante casi dos días, lanzaron exclamaciones de alivio, cuando no de júbilo.

—Pero hay que seguir un rastro —ordenó Guss—. Tenemos que saber qué es lo que ha ocurrido.

—Bueno, con tal de salir de aquí…

Se organizaron varios grupos para batir completamente la comarca. Fue uno de ellos, precisamente el que mandaba Guss, el que encontró, dos horas más tarde, a un hombre degollado entre unas rocas.

Sólo al ver sus ropas, Guss ya reconoció de quién se trataba. Patrick iba vestido como cuando se entrevistaron secretamente en el bosque.

Cerró un momento los ojos.

Bruscamente lo comprendió todo. El horror penetró como un frió cuchillo hasta sos mismos huesos.

Aquel cadáver indicaba que Patrick había sido sorprendido. Indicaba que todo había fracasado. Y que, aunque en el primer momento pudiese padecerle increíble, la banda la dirigía… ¡el verdadero Sid Lane!

Guss se quitó el sombrero.

—Quiero que este hombre sea enterrado con dignidad —dijo—. Murió en una misión peligrosa y difícil que nosotros estamos obligados a continuar. Abriremos una sepultura y prepararemos una cruz donde esté grabado su nombre.

Varios agentes se pusieron al trabajo. El mismo Guss quiso participar en la fúnebre tarea, como último homenaje a su compañero. Pero apenas habían terminado de darle tierra, cuando otro grupo de los que habían salido a rastrear llegó por occidente.

Llevaban un cuerpo a la grupa de un caballo. Un cuerpo destrozado por completo.

Guss arqueó una ceja.

—¿Qué es eso?

—Lo hemos encontrado lejos de aquí. Por las huellas de polvo

que hay en sus ropas creemos que debieron matarle a mucha distancia, pero luego lo transportaron hasta la comarca. En la zona no hay polvillo rojo como el que este hombre lleva. Más bien se encuentra cerca de los Independence Mounts.

Guss examinó el cadáver y luego tuvo que retirar la mirada.

—Le han dado una muerte salvaje, ¿eh? ¿Alguien le conocía?

—Yo —dijo un jinete.

—¿Quién era?

—Se llamaba Glenn. Había sido jinete del *Pony Express*. Ahora transportaba objetos valiosos por cuenta de personas particulares.

Añadió:

—Si se fija en su camisa, verá que llevaba cosida en su parte interior una bolsa de tela. No hay duda de que ahí guardaba algo muy importante, algo que le ha sido robado.

Guss apretó los puños.

—Tiene que ser obra de Sid Lane… ¡Ese maldito buitre, ese pestilente canalla…! ¡Acabaré con él! ¡Yo mismo le ceñiré la soga al cuello aunque sea la última cosa que haga en este mundo!

Los hombres del grupo, que le rodeaban por completo, le escuchaban en silencio.

Sus expresiones eran dubitativas, recelosas.

A todos les horrorizaba la muerte de Glenn, y todos sentían en su propia carne aquel ejemplo macabro.

La mayoría tenían mujeres, hijos. Tenían algo que defender.

Nadie quería acabar como había acabado Glenn.

La mayor parte de ellos montaron en sus caballos silenciosamente, sin una palabra.

Uno tras otro fueron volviendo grupas tristemente. Se fueron desentendiendo de aquello.

Guss encajó las mandíbulas con un gesto de fiera acorralada.

—¡Cobardes! —aulló—. ¡Maldita ralea de gallinas! ¿Es que entre vosotros no hay nadie que merezca llamarse hombre?

Uno de los jinetes se volvió lentamente.

—No nos juzgue a la ligera, Guss. Esa banda es ya muy poderosa. O la cazamos en una trampa o habrá mortandad entre nosotros. Y la trampa ya ve que hí fracasado.

—¡Pero organizaremos otra! ¡Hay que seguir luchando!

—No, Guss, no se haga ilusiones. Usted sabe mejor que nadie

que de ahora en adelante todo serán choques sangrientos y víctimas anónimas…, como ese pobre tipo. Eso está muy bien para los jóvenes que sienten la aventura, pero no para hombres que han de mantener a sus hijos. Además, nosotros no cobramos por defender la ley. Ya hemos hecho bastante.

Guss bajó la cabeza con impotencia. Comprendía que a aquellos hombres no les faltaba razón. Pero no quiso resignarse.

—Ya que sólo servís para sepultureros —dijo—, llevad al menos el cadáver de Glenn a su familia. Y si hay algún valiente, alguien que merezca llamarse hombre, que se quede aquí conmigo.

Cuatro jinetes se adelantaron. Dos de ellos eran padres de familia.

—Hay muchas maneras de defender a los hijos —musitó uno—. No los defiende mejor el que se queda en casa.

Los otros se encogieron de hombros y marcharon silenciosamente. Poco después no eran más que nubecillas de polvo, entre las cuales parecía flotar el cadáver de Glenn.

Guss decidió:

—Esperaremos a los otros grupos. No todos estarán formados por cobardes.

Los otros grupos fueron llegando espaciadamente, sin haber encontrado nada. Sólo uno de los grupos había visto huellas de una numerosa banda, pero nada perder el rastro a orillas del Humboldt.

Guss hizo a todos la misma pregunta: «Valientes o cobardes». Y logró reunir tan sólo a doce hombres dispuestos a luchar.

Los demás consideraban que ya habían hecho bastante. Llevaban prácticamente tres días fuera de sus tasas. La ley no les daría nada si se dejaban la piel en aquella aventura.

De modo que la formación se disgregó. Unos hombres —los más numerosos— fueron hacia sus casas. Otros… —doce— fueron hacia el río Humboldt, donde habían sido vistas las últimas huellas.

Guss sabía que aquella tropa no era despreciable. Contaban, además, con la ayuda de los *sheriffs* y alguaciles de las diversas poblaciones de la zona.

Pero habían cometido un terrible error, un error que debió haber tenido en cuenta.

Todos aquellos conciliábulos, todas aquellas reuniones y divisiones habían tenido lugar a plena luz del día. A nadie se le

pidió que guardara el secreto. Seguir los acontecimientos fue, para un grupo de hombres listos, lo más sencillo del mundo.

Y los hombres de Sid Lane no eran tontos precisamente.

Apenas Guss se había puesto en camino con sus hombres, cuando ya Sid Lane había decidido el sitio en que le prepararía la trampa. Los papeles se habían invertido de una forma rotunda: el cazado era cazador.

A Sid Lane no le había costado demasiado acreditar su personalidad ante la asombrada cuadrilla, cuando se presentó a ella.

Había demasiados detalles sobre los que el otro. —Patrick— había guardado silencio, y que el verdadero Sid Lane conocía a la perfección. Estaban aquellos ojos demoníacos de hombre que había nacido para matar. Estaba su decisión de jefe de cuadrilla, cosa que los forajidos notaron en seguida.

Algunos de ellos, que habían vacilado ante las órdenes de Patrick, comprendieron que estaban ahora ante el verdadero jefe. Y le obedecieron.

Sólo les faltó ver aquella concentración de rifles en las cercanías para comprender que habían estado a punto de caer en una trampa mortal.

Por eso siguieron con entusiasmo las órdenes de Sid Lane. Y por eso se apostaron sin vacilar en el pequeño desfiladero por el que iban a pasar, confiados —creyendo que Sid Lane se hallaba bien lejos— los hombres de Guss.

Cuando éste se dio cuenta de la trampa en que había caído, ya era demasiado tarde. La primera descarga alcanzó a seis de sus hombres, que cayeron de sus caballos como fulminados por el rayo.

—¡A tierra! ¡Protegeos tras los caballos! ¡A tierra, maldita sea!

Pero era inútil. Los hombres de Sid Lane habían previsto aquello. Tiraban también a ras del suelo.

Tres voluntarios más quedaron para siempre en el polvo, alcanzados mortalmente.

Guss se puso en pie.

—¡Cobardes! ¡Malditos! ¡Cerdos! ¡Dad la cara, hijos de perra!

Aquellos insultos no hicieron mella en los hombres de Sid Lane. Éstos siguieron disparando implacablemente. Dos balas alcanzaron a Guss.

Pero éste no cayó.

Había visto que uno de los forajidos se descubría demasiado, ganado por un exceso de confianza. Levantó el revólver hacia él.

A la segunda bala ya le había volado la cabeza.

—Ya tienes lo tuyo, muchacho… —dijo Guss—. Y la propina…

Disparó otra vez, alcanzándole ahora en plena cara.

Pero un verdadero huracán de plomo se estaba abatiendo también sobre él. Guss cayó de bruces, perforado por una docena de sitios distintos.

Sin embargo, diríase, a juzgar por su expresión, que había muerto satisfecho.

Sid Lane se incorporó y sopló en el cañón de su revólver, mientras reía sardónicamente.

—Lo que os prometí…, ¡no ha quedado ni uno!

CAPÍTULO IX

El padre Higgins sonrió y miró alternativamente a los dos novios que estaban frente a él.

Se sentía contento.

Por fin iba a poder celebrarse aquella boda que quedó interrumpida, inesperadamente, unos días antes.

Dijo con voz solemne:

—Esta vez va a ser definitiva, amigos míos. Por eso comienzo la ceremonia en el mismo punto en que la interrumpí. Y por eso pregunto: tú, Cliff Morton, ¿quieres por esposa a Paulina Grey, aquí presente, según las leyes de…?

Antes de que el sacerdote terminara, Cliff se dispuso ya a gritar: «Sí».

No quería que esta vez alguien les interrumpiera.

Pero no llegó a decir una sola palabra.

En aquel momento se oyó un vozarrón que gritaba:

—¡Alto! ¡Quietos!

Paulina se volvió con un gesto de desaliento.

—No es posible… ¡Dos veces no puede ser!

En cuanto a Cliff, encajó peligrosamente las mandíbulas. Llegó a creer que se trataba de una broma.

Pero no; no era una broma ni mucho menos. Bastaba ver la expresión trágica del *sheriff* para darse cuenta de que algo terrible acababa de ocurrir.

Cliff musitó:

—¿Qué… sucede ahora?

—Tiene que venir, Cliff.

—¿Y no puedo ni terminar de casarme?

—No creo que le convenga eso ahora.

Cliff avanzó penosamente, dejando otra vez a la novia plantada delante del altar.

Entre los invitados se alzó un murmullo. Ya no sabían si tomarlo en serio o en broma; si echarse a reír o a llorar.

El *sheriff,* mortalmente pálido, balbució:

—Ha ocurrido algo espantoso.

—A ver, explíquese.

—Será mejor que lo vea por sí mismo.

Tomó a Cliff Morton suavemente por un brazo y lo sacó del templo. El joven creyó notar en el *sheriff* una cierta secreta hostilidad, como si al representante de la ley le diera asco incluso tocarle.

—¿Pero adónde vamos?

—Espere y lo verá.

Pronto Cliff se dio cuenta de que se dirigían a la casa de Glenn.

Las calles estaban silenciosas, tristes, casi desiertas.

Las personas que no habían ido a la boda de Cliff Morton, miraban a éste desde las ventanas o desde la sombra de los porches. Sus miradas eran recelosas, hostiles. Cliff Morton hubiese jurado que algunos de ellos —hasta poco antes amigos suyos— le miraban con verdadero odio.

La puerta de la casa de Glenn estaba abierta de par en par. Dentro, todas las luces aparecían encendidas.

—Pase.

Cliff Morton sintió que le temblaban las rodillas, y al principio no supo por qué.

Una especie de presentimiento le helaba la sangre en las venas.

Atravesó el vestíbulo que ya conocía, y donde varías personas le miraron también con un secreto odio. La puerta del dormitorio de Glenn también estaba abierta.

Cliff se detuvo en el umbral.

Una especie de velo rojo cubría su mirada.

Glenn estaba sobre la cama que había sido de matrimonio. Bueno, lo que quedaba de Glenn.

Nunca Cliff había visto un cuerpo tan destrozado como aquél, nunca se había encontrado ante un hombre que parecía haber muerto diez veces.

Pero no fue esa visión lo que más le dolió, pese a ser una visión

terrible. Lo que le llegó hasta el fondo de los huesos fue la mirada de Marta.

Marta estaba junto a la cabecera del lecho. Sus ojos carecían espantosamente secos, como si hubieran perdido la facultad de llorar. Eran unos ojos de metal, fríos, casi inhumanos, cargados de odio.

Y le estaban mirando a él.

Cliff Morton bajó la cabeza, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

Las palabras roncas, ásperas de Marta, parecieron llegar hasta él desde infinitamente lejos.

—¡Tú le engañaste! ¡Tú le enviaste a la muerte! ¡Lo sabías! ¡Lo sabías, maldito!

La mano del *sheriff* se alzó lentamente, tras el silencio trágico que siguió a las desgarradas palabras de Marta.

—No le puede culpar de eso —dijo el de la estrella—. No, eso no. Dios sabe que Cliff Morton era el mejor amigo que tenía el pobre Glenn. Lo que ocurre es que ha cambiado algo. Ha debido suceder alguna cosa que Cliff no creía que pudiera suceder.

—Aunque así fuera… —dijo Marta con la misma voz desgarrada —, aunque él no le haya engañado, yo le maldigo igualmente. Le maldigo a él y a su estirpe. A todos los hijos que pueda tener. Que la sangre de mi marido caiga sobre sus cabezas.

Cliff sentía aquellas palabras como martillazos en su cráneo. No supo reaccionar; fue incapaz de decir una sola palabra. Parecía como si sus palabras se hubieran helado también, al igual que su sangre.

Tuvo que ser otra vez el *sheriff* el que contestara por él.

—¿Por qué dices eso, Marta?

—Porque él salvó a Sid Lane. Porque él evitó que Sid Lane fuese a la horca. Gracias a Cliff, exclusivamente gracias a Cliff, Sid Lane está vivo ¡Y mi marido está muerto! Muerto…, ¡de este modo!

No pudo seguir hablando más. De pronto su garganta se rompió en un espasmo, en un patético sollozo. Cayó de bruces sobre el cadáver y se puso a llorar angustiosamente.

Desde la habitación contigua se oía también el llanto de Sigrid, a la que no habían dejado mover del lecho.

Cliff Morton tenía aquel puñal helado clavado hasta el fondo de

su corazón, hasta el fondo de sus huesos. No sólo era incapaz de reaccionar, sino de pensar siquiera. Le parecía estar en el fondo de la sima más negra, más miserable, más rastrera que hombre alguna había pisado jamás.

Era como si en su rostro llevase la marca del látigo. Como si en su espalda estuviese la mancha amarilla de los cobardes[1].

Le costaba respirar.

Miró a los rostros de las personas que estaban en la habitación y no supo encontrar en ninguno de ellos el menor síntoma de comprensión, de ayuda. Todos le miraban como se miraría a un perro. Hubo alguien que incluso escupió lentamente a sus pies.

—Ella tiene razón —dijo una voz—. Gracias a usted, Sid Lane continúa vivo. Y gracias a usted estamos vi viendo esto.

—Váyase de la ciudad, Morton —dijo alguien más—. Váyase.

—Váyase…

—No queremos verle.

Las voces eran más ásperas, más hostiles cada vez. Y ahora alguien escupió directamente a la cara de Morton.

Éste tampoco reaccionó.

Simplemente sacó el pañuelo y se limpió la saliva, mientras sus ojos volvían a cubrirse con un velo de sangre.

El *sheriff* lo sacó de allí.

—Vamos. No puede quedarse. Salga de aquí…

Lo llevó a su oficina. Cliff no sabía ni dónde estaba. Se sintió empujado y cayó como un fardo sobre una de las sillas.

—Tome —dijo el *sheriff*—. Necesita un trago.

—No… necesito nada.

—Vamos, beba. Si alguna vez he visto un hombre que necesite bañarse en una piscina de *whisky*, ese hombre es usted.

Le introdujo a la fuerza el gollete de la botella en la boca y le hizo tragar. Cliff estuvo tosiendo durante un buen rato.

El *sheriff* guardó la botella.

—Mire —dijo luego—, trataré de mostrarme razona ele. Usted no es culpable de nada, pero al mismo tiempo es culpable de todo. Se equivocó al decir a Glenn que hiciera ese viaje; se equivocó al salvar la vida a Sid Lane. Ése fue un error que ninguno de sus vecinos le perdonará, y tienen para ello toda la razón del mundo. Yo no puedo impedir que le desprecien, que le escupan a la cara.

Por eso le aconsejo que se olvide de nosotros y marche de aquí.

Cliff no contestó.

Su cara era como una máscara metálica.

—Cuando se supo que Sid Lane estaba libre, usted se ofreció a ajustarle las cuentas —continuó el *sheriff*—. Quiso reparar el daño que había hecho al defender a ese hombre. Aplazó incluso su boda por esa razón. Muy bien. Fue un acto de valentía que yo alabo y celebro. Luego las cosas cambiaron y se supuso que Sid Lane no era Sid Lane. Bueno, usted ya me entiende. Entonces decidió casarse y olvidarlo todo. Pero, infiernos, las cesas vuelven a estar enredadas otra vez. Sid Lane vendrá aquí, entre otras razones porque aquí está la que fue su chica. Dicen que lleva diez u once hombres. Un federal llamado Guss, que pretendía cazarlo, cayó en una trampa y ha habido una carnicería. Nada se opone ya al reinado de terror que Sid Lane va a desencadenar por una temporada. La ciudad es suya. Por eso le digo: lárguese, Cliff. Lárguese cuanto antes y llévese, sobre todo, a Paulina Grey.

Después de estas palabras, se produjo un pesado silencio.

Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. El tictac del reloj de pared parecía atronar la habitación entera.

Al fin, la máscara de metal que era el rostro de Cliff pareció moverse un poco, y el joven susurró:

—Me quedo.

—¿A pesar del odio de sus vecinos?

—A pesar de todo, me quedo.

—Sea razonable, Cliff. Yo no pretendo asustar a nadie. Pero supongamos que son once hombres los que vienen. ¿Qué va a hacer usted?

Cliff alzó la cabeza.

—¿Y usted?

—¿Yo? Pues…, ¡ejem! Yo no tengo por qué ser un héroe. He consultado con mis ayudantes al conocer la noticia de lo de Sid Lane. Todos estamos de acuerdo en largarnos de aquí.

Cliff Morton volvió a hundir la cabeza.

No hizo ningún comentario.

Sólo sus dedos se movían nerviosamente, y sólo el tic tac del reloj volvía a atronar en el interior de su cabeza.

—Me debe considerar un cobarde, ¿verdad? —murmuró el

sheriff—. Pero oiga bien lo que le digo, Cliff: todo depende de usted. Si usted y Paulina se marchan, es posible que Sid Lane ni siquiera se acerque por Paradise Valley. Se limitará a perseguirlos a los dos, simplemente. Es posible que usted, con su huida, consiga mucho más que quedándose: salvará una ciudad.

Cliff Morton denegó lentamente con la cabeza.

—No, *sheriff*. Para enterarse de que he huido, Sid Lane tiene que presentarse aquí. Y sucederán muchas cosas en Paradise Valley si nadie la defiende. Los almacenes serán vaciados, el Banco será expoliado. Muchas mujeres bonitas lamentarán haber nacido. Marta entre ellas, porque es una mujer preciosa. —Volvió a mover la cabeza—. Alguien tiene que quedarse, *sheriff*, y ese alguien seré yo. Quiero reparar la equivocación que cometí. Me quedaré yo sólo con un revólver, Con mi mejor amigo.

Era una locura, pero sabía que nada ni nadie haría cambiar de opinión a Cliff Morton. Cuando éste prometía algo, cumplía su promesa. Claro que el quedarse solo le serviría para una cosa muy sencilla: morir.

—Va a quedarse solo —dijo—, aunque le aseguro que cuidaremos de su cadáver. ¿Quiere algún detalle especial en su tumba, Cliff?

—Sí —dijo él lentamente—. Que planten flores y las rieguen cada mañana con *whisky*. Pero del bueno y sin trampa. Una botella cada vez.

CAPÍTULO X

Sid Lane contempló desde lejos las casas blancas, limpias y alegres de Paradise Valley.

Hacía prácticamente tres años que faltaba de allí. Desde que fue juzgado por un delito federal y el fiscal pidió pena de muerte. Pero entonces un amigo de su infancia, Cliff Morton, un excelente abogado defensor, consiguió que sólo fuera condenado a reclusión perpetua en la prisión de Leavenworth.

Sid Lane dejó que en sus labios flotara una suave sonrisa.

Prisión perpetua… Una pejiguera.

Menos de tres años habían bastado para que el estuviera de regreso allí…, y con una bonita banda para guardarle las espaldas.

Cross se aproximó.

Cross era su lugarteniente ahora. El primer hombre que le apoyó cuando él se presentó ante la banda para deshacer el equívoco en que les había sumido el federal Patrick. Además, *Cross* era un excelente e implacable tirador. En cada uno de sus revólveres había cuatro muescas.

Sid Lane murmuró:

—Bonita ciudad, ¿eh?

—Para mi gusto, la más bonita de Nevada —murmuró *Cross*—, aunque tal vez no sea la más divertida.

—Nosotros arreglaremos eso.

—¿Qué piensa hacer ahí, jefe?

—La ciudad será nuestra.

—Ahí debe tener algún conocido, algún amigo…

—Ningún amigo.

—Usted habló de un abogado que le había salvado la vida.

—Es el hombre a quien más odio.

Cross le miró con cierta sorpresa.

—¿No le está agradecido?

—La gratitud es el defecto de los débiles —murmuró sordamente Sid—. El no hizo más que cumplir con su obligación. ¿No estaba allí para defenderme? ¡Pues que me defendiera! No, no tengo que estarle agradecido. El día que empiece a dar las gracias a alguien, mi estrella declinará. Además, hay otra razón para odiarle.

—¿Cuál?

—Mi chica se llamaba Paulina Grey.

—¿Qué quiere decir?

—Era mi novia…, y ahora va a casarse con ese hombre. Con Cliff Morton. Quizá se hayan casado ya.

Cross rió sardónicamente.

—Le plantó, ¿eh? No me extraña. Todas las mujeres son lo mismo.

—La muy astuta y taimada zorra… Me escribió una carta cuando yo estaba en la cárcel. Me dijo que nunca había creído lo que contaban de mí, pero que al final estaba convencida. Y que si algo lamentaba en la vida, era haberme conocido. Que me olvidase de ella; que olvidara hasta su nombre.

Rió sordamente.

—También ese tipo, Cliff Morton, me escribió —dijo un momento después—. Quería mostrarse como un hombrecito razonable. Me dijo que se había enamorado de Paulina y que ésta se había enamorado de él. Que nadie tenía la culpa de eso; las cosas suceden de ese modo y no se pueden remediar. Pero que no quería que yo pensase que me había quitado la novia. Que si quería cualquier clase de explicación, él iría a Leavenworth a dármela.

Escupió ostensiblemente a tierra.

—No contesté —añadió bruscamente—. Si hay algo que me revienta, es la gente que te la hace y encima pretende convencerte de que tiene razón. Paulina ya lo sabía: O era mía o la reventaba. También lo sabía Cliff Morton: El que la tocase moría. Y ahora ha llegado el momento de ajustarles las cuentas a los dos.

—¿Qué piensas hacer?

—Desde lejos he visto como casi todo el mundo huía de la ciudad, especialmente el *sheriff* y sus ayudantes. Eso indica que no tendremos trabajo. Pero Paulina y él no han marchado, que yo sepa.

—¿Y… y? —insinuó *Cross*.

—Lo mataré a él y la reventaré a ella. Puedes dar a la palabra el sentido que más te guste. A ella es la única que no le va a gustar.

Cross rió silenciosamente.

—¿Vamos ya?

—Espera.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Nunca aprenderás, *Cross*. Si quieres sucederme algún día, piensa que siempre hay que guardarse alguna carta. Ahora tenemos todos los triunfos, pero nadie ha visto la ciudad por dentro. No hay que arriesgarlo todo; primero tiene que ir un grupo de cinco hombres a ver cómo está todo. Lo mandarás tú.

—De acuerdo. ¿Vamos a ir en seguida?

—Cuanto antes mejor.

—Entonces ahora —musitó *Cross*—. Va a lloviznar… La tarde se ha puesto triste.

En efecto, un denso manto de nubes cubría la llanura en que se asentaba Paradise Valley.

La soledad, la tristeza, parecían aplastarlo todo.

Sólo faltaba aquel lejano tañido de campana en el horizonte.

—¿Qué es eso? —murmuró Sid Lane.

—Pues ya lo oye usted mismo… Un entierro…

En efecto, era un entierro.

El cuerpo destrozado de Glenn era conducido al cementerio en un ataúd barato, de madera blanca.

Nunca se había visto en Paradise Valley un entierro más triste, más patético, más desolador que aquél.

Todo el mundo había huido y las calles estaban vacías.

Las puertas de las casas estaban abiertas, y todas ellas parecían tumbas violadas. Tras las ventanas no se veía nadie. El padre Higgins, que hacía sonar la campana, era el único que quedaba en la población.

Bueno, él y tres personas más, pero a dos de ellas. —Cliff Morton y Paulina Grey—. Marta no había querido ni verlas.

Marta había tenido que vender a toda prisa su único caballo para poder pagar los gastos del entierro de su marido: una caja, una tumba en propiedad, una lápida. Y por eso ella misma empujaba ahora el carro, cuesta arriba, hacia el cementerio, ayudada por

Sigrid.

Sigrid se había levantado para acompañar a su padre en el último viaje. Y trataba de empujar también.

—No lo hagas, pequeña… No lo hagas…

Los ojos de Marta estaban anegados en lágrimas.

Temía que la pequeña desfalleciera. Temía que su corazón no pudiese resistirlo.

La verdad era que ella tampoco podía más. El sepulturero había dejado abierta la fosa antes de huir. El resto tendría que hacerlo ella todo.

En el último repecho, cuando ya no podía más, las asas del carromato estuvieron a punto de resbalar de sus manos.

El ataúd cedió. Marta comprendió que iba a rodar macabramente colina abajo.

Lanzó un grito de horror, de angustia, de impotencia absoluta.

Y en aquel momento una mano sostuvo el carro. Marta se volvió consternada. Vio las facciones y los ojos quietos —un poco hundidos— de Roak.

—Yo también me he quedado —dijo Rock—. Y te pido que me permitas ayudarte.

Ella jadeó, desfallecida.

Pero aún tuvo fuerzas para levantar la cabeza y decir:

—Me ayudas en lo único que te gusta, ¿verdad? En llevar a la tumba a mi marido muerto…

—Marta, por favor…

—¿Quieres que consienta esto? ¿Quieres que su cuerpo aún caliente sea conducido a la fosa por la mano del hombre que quiere ocupar su puesto?

Rock musitó:

—No es ningún pecado quererte. Siempre te he querido, y ahora con mayor razón. Tú eres libre…

Marta dirigió al ataúd una mirada llena de sentido, una mirada patética.

—Vete, Rock.

—Sólo quiero ayudarte, Marta.

—Quieres ayudarme a enterrarlo bien hondo. A asegurarte de que no va a volver más. Es eso lo que pretendes, ¿verdad, Rock? ¡Pues vete! ¡Vete antes de que te escupa a la cara!

Dio media vuelta y empujó el carromato con todas sus fuerzas, viendo el último repecho.

Sigrid la siguió.

Rock quedó quieto en el centro del sendero, sintiendo una mezcla muy extraña en su alma. Porque era una mezcla de ternura, de odio, de deseo salvaje. No podía comprenderlo, pero cuanto más hundida veía a Marta, cuanto más perdida, más salvajemente la deseaba.

Volvió la cabeza hacia la ciudad, que estaba completamente solitaria.

Y vio entonces cinco puntitos que se aproximaban al galope.

CAPÍTULO XI

Alguien más estaba mirando aquellos puntitos. Alguien que tenía los ojos entrecerrados y un «Colt» en la funda.

Cliff Morton susurró:

—Ya vienen.

Los puntos iban aumentando de tamaño en la llanura. Se distinguían ya confusamente las formas de los jinetes.

Cliff sintió que algo temblaba en su brazo izquierdo. Eran las manos de Paulina Grey, que inútilmente trataba de retenerle.

—No vayas… No vayas, Cliff.

—Es inútil reflexionar ahora, muchacha. Llega un momento en que los pensamientos nada valen. Hay que actuar.

Paulina cerró los ojos.

—Te matarán, Cliff…

—Eso está por ver.

—Yo sí que te veo… Te imagino como el pobre Glenn y… ¡no quiero pensarlo! ¡No quiero!

Llevó las manos a los ojos, sollozando espasmódicamente.

Cliff Morton seguía con las facciones rígidas. Su cara no había cambiado nada desde que trajeron el cuerpo de Glenn a la ciudad; parecía como si, a partir de aquel momento, lo hubieran fundido en bronce.

Ni siquiera miraba a la mujer. Sólo tenía ojos para los cinco hombres que se aproximaban.

Ella bebió sus propias lágrimas.

—Tal vez si yo hablara con Sid… —susurró.

—Ni pienses en eso.

—¡Pero él tiene que comprender! Se hará cargo de que…

—Nadie tiene que hacerse cargo de nada —dijo algo sombrío

Cliff—. Tú y yo estamos solos en la ciudad, y esos cinco hombres vienen a ocuparla. Detrás hay unos más, aguardando. Lo único que puedes hacer es esperar, muchacha.

—¿Esperar a qué? —dijo ella con las facciones crispadas—. ¿A que te destrocen a balazos? ¿A que te arrastren con sus caballos quizá? ¿Es que aún no has comprendido que eres lo único que tengo en el mundo?

Cliff la miró de soslayo, sin volver la cabeza.

—Tú también eres lo único que tengo en el mundo, Paulina…, además de otra cosa.

—¿Qué?

—Una deuda por saldar.

Se separó dos pasos y dijo lentamente:

—Que Dios te proteja, muchacha. Va a hacerte falta.

Y echó a andar hacia el extremo de la calle.

Los cinco hombres ya se veían claramente. Venían en línea recta hacia allí. Iban a entrar por la calle principal, tranquilamente, como el que entra en terreno conquistado.

Cliff Morton miró en torno suyo: La soledad era absoluta. No habría nadie más que se enfrentara a aquellos tipos en la ciudad entera.

Acarició el revólver y se encogió de hombros.

Bueno, ¿y qué?

Tenía a su espalda un pequeño callejón lateral, que desembocaba en una calle paralela a la principal. Se situó allí.

El revólver cargado parecía quemar entre sus dedos.

Oyó, al principio como un rumor lejano, y luego como un trueno que se aproximaba más y más, el ruido de los cinco caballos al aproximarse al trote largo.

Cross iba al frente.

Miró la calle principal vacía, las puertas de las casas abiertas, los porches sin un alma.

—Esto está listo —dijo—. No va a damos ningún trabajo… De todos modos, no os fiéis, muchachos. Pasaban en aquel momento frente al callejón.

Se oyó una voz áspera:

—¡Sid!

Cross se volvió velozmente. El hombre que estaba a su derecha

movió el revólver.

Fue lo último que hizo.

La bala le penetró por una sien y le salió por otra. La sangre manchó el rostro de *Cross*. Éste lanzó un grito:

—¡Allí! ¡Pronto!

Los cuatro jinetes se lanzaron hacia el callejón mientras el quinto se derrumbaba lentamente para no levantarse más.

Cliff se había escabullido.

Había una puerta a su espalda y penetró por ella. Nada más fácil que atravesar puertas y ventanas, y hasta casas enteras, en aquella ciudad espantosamente vacía.

Los cuatro jinetes pasaron al galope. Sus balas barrieron la fachada rabiosamente.

Pero aquello de nada sirvió ya. El enemigo que buscaban se había transformado en algo así como el hombre invisible.

Cross masculló:

—¡A pie!

Estaba convencido de que a caballo no lograrían nada. No se podía dar vueltas tontamente, ofreciendo un blanco espléndido, para buscar a un enemigo emboscado.

Los pistoleros descabalgaron.

—Lo encontraremos fácilmente —dijo *Cross*—. Ha tenido que entrar por esa puerta.

—¿Pero dónde está ahora?

—No ha podido ir lejos. Tú, Jonathan, quédate aquí. —Bien.

—Si trata de salir por el mismo sitio, le descerrajas de una bala. No vaciles, ¿comprendido?

—Ujú.

—Vosotros seguidme.

Tres hombres atravesaron aquella puerca. Dos pistoleros y el mismo *Cross*, que iba delante.

Cruzaron por una gran casa vacía donde había unas muebles desordenados y polvorientos. Resultaba difícil que alguien pudiera ocultarse allí, y por eso siguieron adelante.

No se dieren cuenta de que sobre la puerta había un pequeño altillo que en seguida, quedó a sus espaldas, al dirigirse ellos hacia el fondo del local.

Y menos se dieron cuenta aún de que a aquel altillo había

trepado un hombre.

Durante unos instantes, Cliff Morton los tuvo a tiro de revólver y de espaldas a los tres. Pero calculó que, aunque disparase muy rápido, al menos uno de ellos tendría tiempo de volverse y hacer fuego. Y él también tenía que quedar al descubierto para hacer blanco, por lo que lógicamente sería alcanzado a su vez.

No podía permitirse ese lujo.

Había visto ya que entre aquellos hombres no figuraba Sid Lane. Y mientras Sid Lame viviera, él no podía exponerse a morir. Necesitaba macar al hombre a quien antaño defendió, porque de lo contrario la banda se reproduciría una vez y otra. Ocurriría como con esos reptiles a los que sólo se mata de verdad si se les corta la cabeza.

Por tanto Cliff Morton los dejó pasar. Esperó hasta que sus pasos ya no fueron audibles.

Entonces giró suavemente, volvió a descolgarse del altillo sin hacer ruido y asomó por una ventana, que estaba a dos pasos de la puerta.

El pistolero no le vio. Miraba a otro sitio.

—Eh, amigo…

Cuando el otro se volvió, fue simplemente para ver una llama anaranjada ante sus ojos.

La bala le penetró entre las dos cejas. Lanzó un aullido largo, ululante, que él ni siquiera llegó a oír, y se desplomó de espaldas.

Cross y sus hombres oyeron aquel disparo. Se detuvieron bruscamente.

—¿Qué ha sido eso?

—Jonathan… Ha debido acabar con él.

—Yo diría lo contrario —masculló *Cross*—. Juraría que ha sido Jonathan, el que ha lanzado ese alarido.

—Quizá… ¡Vamos allá!

Los tres hombres volvieron sobre sus pasos.

Al abrir la puerta, se encontraron a Jonathan tendido cara al cielo. Debía ver las nubes plomizas, porque no tenía dos ojos, sino tres. Por el tercero, entre las dos cejas, brotaba un hilo de sangre.

Cross masculló:

—¡Lo hemos tenido a nuestra espalda! ¡Lo hemos dejado escapar!

—Bien, pero ¿dónde está ahora?

Los tres hombres miraron desorientados en torno suyo.

Por primera vez tenían la sensación de encontrarse en una ciudad fantasma.

—Seguro que ha salido de la casa —dijo *Cross*—, pero no podemos arriesgarnos. Vamos a avanzar pegados a las paredes.

—¿Hacia dónde?

Cross señaló con el revólver la calle principal.

—Iremos hacia allí, pero uno delante. Uno que sirva de cebo.

—Hombre, no tiene gracia…

—Nos relevaremos cada tres minutos. Tú, Reg, ve delante. Luego te sustituiré yo. Los otros tenemos que estar dispuestos a intervenir cuando el primero sea atacado.

—De acuerdo…

Reg se adelantó.

En el silencio espantoso de la ciudad, le parecía que un reloj gigantesco resonaba en su cabeza. No podía evitar contar los segundos uno a uno. Cuarenta… Cincuenta… ¡Sesenta!

Un minuto.

Veía los tejados vacíos, las casas silenciosas. Y oía el paso furtivo de sus compañeros tras él.

Cross y el otro le miraban fijamente, atentos al menor movimiento de alarma.

Por eso no se fijaron en la calle que quedaba atrás. Ni en la sombra que acababa de surgir por una de las esquinas, con la agilidad de un simio y el silencio de un fantasma.

Cliff Morton había recargado el revolver ya. Volvía a tener seis balas en el cilindro.

Desde la esquina gritó:

—¡Aquí!

El primero que se volvió que el compañero de *Cross*. Disparó rabiosamente, sin mirar adonde.

Su bala, sin embargo, estuvo a punto de alcanzar a Cliff. Se empotró en la madera de la casa, a dos pulgadas escasas de su cabeza.

Cliff hizo fuego a su vez. Y él disparó sobre seguro cerque estaba apuntando ya.

El pistolero, alcanzado en el centro del corazón, cayó de bruces

sin exhalar ni un gemido.

Cross, que se había arrojado a tierra, disparó rabiosamente contra la esquina. Pero su enemigo no estaba ya. Diríase que se lo había tragado el silencio.

Cuando *Cross* se cansó de apretar el gatillo, hizo un gesto para secarse el sudor que surcaba sus facciones.

Miró a su compañero.

Ahora sólo quedaban Reg y él.

Por un momento dudaron, no sabiendo si se enfrentaban a un hombre o a un diablo.

Reg tartamudeó:

—Ese tipo…, no… fa… falla nunca.

—Claro que falla —dijo ásperamente *Cross*—. Como todo el mundo. Lo único que ocurre es que conoce mejor la ciudad y puede tendernos una trampa tras otra.

—¿Qué hemos de hacer pues?

—Esperar.

Reg arrugó el gesto.

—¿Por qué no pedimos refuerzos?

—No quiero decirle a Sid Lane que he fracasado. Entre otras razones, porque no he fracasado aún.

—Pero otro encuentro más y…

—… Y termina con nosotros, ¿no? ¿Quizá es eso lo que piensas?

—Lo único que yo digo es que hemos de tener más cuidado. Ahora ya es él quien tiene la ventaja.

—Somos dos contra uno.

—Pero no sabemos dónde está.

Cross hizo un gesto de contrariedad. Su compañero tenía razón.

—No nos movamos de aquí —musitó—. Éste es un buen sitio; Ya aparecerá por alguna parte.

Reg asintió lentamente.

Durante algunos minutos permanecieron quietos, en una quietud enervante, sin oír más que el rumor del viento que empezaba a arrastrarse por la ciudad. Algunas ventanas abiertas baqueteaban lúgubremente… Reg y Cross tuvieron la sensación de encontrarse en una tierra de fantasmas.

Aquella sensación duró sólo unos instantes. Porque, de repente, Reg, gritó:

—¡Allí!

Acababa de ver moverse los batientes del *saloon* frontero, situado al otro lado de la calle. Y por debajo de aquellos batientes acababa de distinguir las botas de un hombre.

Reg vació su revólver contra las hojas de madera, que se movieron de un lado a otro igual que si las azotase un vendaval.

Luego se hizo otra vez el silencio.

Cross hizo una seña a su compañero para que esperase, pero éste estaba demasiado impaciente para obedecer. Tras cargar el revólver febrilmente, salió de su escondrijo y atravesó la calle corriendo en zigzag. Llegó al *saloon.*

Cross hizo otra seña para que no entrase por la puerta. Pero Reg había comprendido.

Atravesó de un salto una de las ventanas abiertas, y de repente vio una figura ante él.

Disparó rabiosamente, con los dientes apretados, mientras la figura parecía deshacerse en pedazos, desintegrarse en el aire.

El sonido del cristal al hacerse añicos hizo comprender a Reg su terrible error. Se dio cuenta demasiado tarde de que en aquel *saloon* lleno de espejos y poblado por la penumbra había visto su propia figura. Velozmente se volvió, con las facciones desencajadas.

Aquella respiración suave, a su derecha, acababa de advertirle. Una respiración que se escuchaba perfectamente después del silencio que siguió al estampido de los disparos.

La figura alta, rígida, murmuró:

—Lo siento.

Reg logró enfilar el revólver hacia su enemigo…, pero cuando ya lo tenía apuntando vio aquella luz anaranjada que parecía penetrar por sus ojos.

No sintió dolor. No se dio cuenta de que la bala acababa de atravesarle el cráneo.

Cayó hacia atrás. Cuando su cuerpo chocó contra el suelo, estaba ya muerto.

Desde la calle, agazapado aún, *Cross* oyó aquel estampido seco tras la alocada sarta de disparos. El sudor que ya llenaba su cara empezó a resbalar por su cuello.

Pero, cosa extraña, tenía la boca seca. Tan espantosamente seca que no podía ni respirar.

Aguardó con todos los nervios en tensión, esperando ver aparecer a Reg por la puerta. Porque confiaba en que el último disparo, el definitivo, habría sido suyo.

Pero los minutos transcurrieron lentamente. Nadie salió.

Y entonces la certeza penetró, con una sensación de frío horror, en los pensamientos de *Cross*. Se dio cuenta de que estaba solo. Sólo en aquella maldita ciudad desierta.

De pronto el miedo se apoderó de él. Un miedo superior a sus fuerzas, más poderoso que su voluntad.

Corrió alocadamente hacia el lugar donde habían abandonado los caballos, pensando a cada momento que su misterioso enemigo tiraría a placer contra él, que le enviaría una bala por la espalda.

Pero nada sucedió.

Saltó ágilmente sobre su caballo y se dispuso a salir al galope, empezando a pensar ya que, después de todo, conseguiría salvarse.

Pero en aquel momento su caballo relinchó, alzándose de remos.

Una figura le cortaba el paso.

Era la figura alta, atlética, de un hombre bien vestido que llevaba el «Colt» en la funda y tenía la mano levemente crispada muy cerca de la culata.

Cross tiró de las riendas y detuvo el caballo, comprendiendo que el desafío era inevitable. Ya resultaba inútil tratar de huir.

Pero al menos tenía a su enemigo cara a cara. Y no había quien venciese a *Cross* en un desafío abierto.

No bajó del caballo porque así, aún tenía más ventaja.

Durante unos instantes interminables, ambos enemigos se miraron. Las manos seguían arqueadas cerca de las culatas, mientras la tensión se hacía insoportable.

Al fin Cliff murmuró:

—Tú te llamas *Cross*.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a todos los hijos de perra que pululan por Nevada.

Cross sonrió ladinamente.

—No sabes cuánto celebro que ya seamos amigos… ¿Puede saberse por qué te has empeñado en morir?

—¿Morir yo?

—Nadie me ha vencido en desafío cara a cara.

—Alguna vez ha de ser la primera. Y lo malo es que, cuando a

uno le vencen, ya no repite.

—Podrías haber marchado con los otros —susurró *Cross*—. ¿A ti qué te importa esta ciudad?

Mientras hablaba, iba acercando más y más los dedos a la culata. Prácticamente ya la tenía sujeta, contando así con una decisiva ventaja sobre su adversario.

—La ciudad me importa poco —murmuró Cliff—, pero en cambio me importa mucho tu jefe, Sid Lane. Tienes que decirle algo de mi parte.

—¿Qué?

—Dile que ya no tiene ninguna oportunidad. Que voy a matarle. Y que es inútil que huya, porque le seguiré hasta el fin del mundo si hace falta.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Añade que me llamo Cliff Morton.

—El mensaje tiene gracia.

—Yo no se la veo.

—Sid Lane es un magnífico tirador y además dispone de otros cinco hombres. En cambio tú estás solo.

—También vosotros erais cinco —murmuró sombríamente Cliff.

Cross tuvo una crispación, mitad de miedo mitad de odio.

No esperó más.

El revólver brotó instantáneamente a la luz, pero Cliff Morton parecía haber estado esperando justamente aquello.

El «Colt» pareció surgir de entre sus dedos. El movimiento de su brazo derecho fue tan rápido que *Cross* no pudo seguirlo con la vista. Lanzó un grito de estupor al darse cuenta de que iba a ser cazado.

Sonaron dos disparos.

Una bala hizo volar el revólver de la mano de *Cross*, y la otra le alcanzó en la ingle. Un chorro extenuante de sangre empezó a brotar por la segunda herida.

El dolor fue terrible, pero *Cross*, rechinando los dientes para dominarlo, se dio cuenta de que aún podía mantenerse sobre la silla. Era todo lo que quería. Era todo lo que en aquel momento podía ambicionar.

Lanzando un nuevo grito, picó espuelas y se lanzó al galope. Su enemigo, todavía con el revólver en la derecha pudo haberlo

detenido fácilmente con una bala. Pero no lo hizo.

Se limitó a ladearse para que *Cross* pudiera pasar. El pistolero, inclinado sobre la silla, volvió a picar espuelas salvajemente, alejándose como una centella. Unos instantes más tarde estaba ya lo bastante lejos para poder pensar que había salvado la vida por esta vez.

No se dio cuenta de que iba dejando tras sus pasos un atroz rastro de sangre.

¿Por qué sentía aquella terrible indiferencia, aquel extraño deseo de tumbarse y dormir? ¿Por qué le importaba ya muy poco que Sid Lane le insultara, le golpeara incluso por haber fracasado?

¿Qué le ocurría?

Cross no podía comprenderlo.

Pero era como, si de repente, él estuviese en otro planeta, como si nada de lo que había sucedido tuviera importancia. Incluso las figuras de Sid Lane y los cinco hombres restantes le parecieron borrosas, como desdibujadas en el aire.

Sid tenía las mandíbulas crispadas.

—¿Qué ha sucedido? —masculló.

—Los cuatro… están… muertos.

Cross se bamboleaba sobre la silla, pero no se daba cuenta, Tampoco se daba cuenta de que todo un costado del caballo estaba empapado materialmente en su propia sangre.

La voz de Sid Lane pareció llegar de muy lejos:

—¿Quién lo ha hecho?

—Se llama… Cliff Morton.

Sid rechinó los dientes sin darse cuenta.

—Cliff Morton…

—Ha dicho… que aunque te escondieras en el fin del mundo te… te mataría.

—¿Cuántos hay con él?

—Está… solo.

—¿Solo? ¿Y aún me desafía?

—Me pidió que… te dijera eso.

De pronto *Cross* abrió espasmódicamente la boca. La abrió de un modo muy extraño.

Giró sobre la silla de su caballo y se desplomó trágicamente de espaldas.

Dos pistoleros se dispusieron a atenderle. Sid Lane les inmovilizó con un gesto.

—Es inútil. Dejadle… Tiene atravesada la femoral y por ahí ha ido perdiendo toda su sangre. El hombre que le ha matado ya debía contar con eso.

Notó clavadas en él las miradas asombradas, un poco viscosas, de sus hombres.

—¿Qué va a hacer, jefe? —preguntó uno de ellos—. Se trata de un hombre solo. ¿Va a consentir ese desafío?

Sid Lane se pasó lentamente una mano por su mandíbula.

—Lo primero que voy a hacer es enterrar a *Cross* —murmuró—. Y lo segundo que voy a hacer es pensar sobre todo eso… Un jefe nunca puede correr el riesgo de equivocarse. He de dar con un plan.

CAPÍTULO XII

Cliff Morton estaba sentado al final del porche, junto a dos grandes barriles llenos de agua, con un revólver cargado en el cinto y otro igualmente cargado al alcance de su mano, sobre una silla.

Para distinguirle era necesario casi tropezar con él. Estaba convencido, por tanto, de que sus enemigos no le sorprenderían.

Sin embargo, y a pesar de su primer éxito, no se sentía optimista. Más bien una línea de pesadumbre había comenzado a insinuarse en su frente y en sus labios.

A partir de este momento, todo empezarían a ser desventajas para él.

En primer lugar, los seis enemigos que quedaban —uno de ellos el infalible Sid Lane—, no se dejarían ya sorprender como los otros, que habían creído llegar a una ciudad conquistada. En segundo lugar, él no podría descuidarse ni un segundo. No podría, ni siquiera volver la espalda para beber un vaso de agua. A partir de aquel momento, el peligro acecharía por todas partes.

La noche ya había llenado de sombras la ciudad.

Todos los relieves eran fantasmales, un poco siniestros. Las ventanas abiertas baqueteaban a impulsos del viento, cada vez más fuerte, produciendo un sonido que alteraba los nervios.

Pero Cliff estaba satisfecho porque eso le ayudarla a mantenerse despierto. Lo que más temía, lo que le horrorizaba, era pensar que podía llegar a dormirse.

Porque en cualquier momento podía desencadenarse el ataque. En cualquier momento podían aparecer seis pistoleros en las calles de la ciudad.

Cliff Morton estaba bien lejos de imaginar que, justamente en aquel instante, Sid Lane se arrastraba cautelosamente hacia las

primeras casas de Paradise Valley.

De repente oyó pasos.

Giró la cabeza y vio que se acercaba por la calle un pequeño grupo de hombres, caminando con ciertas precauciones. Eran tres.

Los distinguió a pesar de la semioscuridad. Uno de ellos era el *sheriff*.

Cliff Morton surgió de pronto ante el grupo, como una sombra, haciendo que se detuviesen de repente.

—Cliff… ¿De dónde sale? ¿Dónde se había parapetado?

—Estaba ahí. Un sitio desde el que veo sin ser visto. No puedo exponerme a ninguna sorpresa.

—La sorpresa nos la ha dado usted.

—¿Qué quieren?

El *sheriff* carraspeó.

—Hablar con usted, Cliff.

—Háganlo. Pero no podemos distraernos demasiado.

El de la placa volvió a carraspear.

—Cliff, hemos oído los disparos. No estábamos a mucha distancia de aquí. Y con el catalejo me he dado cuenta de que, de cinco hombres que entraban, sólo salía uno.

—Y ese uno también ha de estar muerto a estas horas —dijo sombríamente el abogado—. Pero, supongo que no habrán venido solamente para comentar eso.

—No, claro que no… Oiga, Cliff.

El *sheriff* se aproximó. Su voz era un poco ansiosa.

—He de decirle que todos creemos que no debe exponerse más —añadió—. Si tenía alguna deuda con nosotros, ya la ha saldado bien. Venga con el resto de la población y será bien recibido.

—No.

—¿Por qué no?

—Sid Lane aún vive.

—Deje que entre en la ciudad. Tampoco va a encontrar nada de especial…

—Está Paulina Grey.

—¿Y por qué no la trae con usted? Nos iremos a cierta distancia unos breves días, hasta que esos forajidos se cansen. Y he enviado ya un hombre a pedir ayuda al ejército.

—El ejército tardará al menos una semana. No, no quiero que

esto se resuelva así.

El *sheriff* se mordió el labio inferior.

—Mire, Cliff, aún quedan seis hombres. Y son los peores.

—Lo sé.

—¿Por qué está decidido a que acaben matándolo? La primera vez les ha sorprendido, pero la segunda no ocurrirá igual.

Cliff Morton alzó la cabeza. Su mirada parecía perdida en el vacío, pero en sus ojos se leía una inflexible decisión.

—Yo no he pedido consejo a nadie, *sheriff*. Tengo derecho a morir a gusto y sin que nadie me fastidio. De modo que usted y sus hombres pueden irse tranquilos.

—¿Nos reprocha que hayamos querido salvarle?

—Por favor, ya no reprocho nada. Sólo trato de convencerles, de que esto es un asunto mío.

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Bueno, a lo peor esos tipos nos atacan… —dijo al fin.

Estaba lejos de suponer que el propio Sid Lane ya había alcanzado sigilosamente las primeras casas de la ciudad.

—Oiga, Cliff —murmuró—, creo que he tomado una decisión.

—¿Cuál?

—Estos hombres y yo nos quedaremos también.

—¿Es que de repente se sienten animados?

—He decidido que no es justo dejarle solo.

—No piensen en ello. No están obligados.

Los otros dos hombres hicieron gestos de asentimiento.

Cliff Morton les conocía. Eran valientes y buenos tiradores. Su defecto consistía en ser débiles de carácter, y como todos los hombres de esa clase se dejaban impresionar por las circunstancias. Si todo el mundo era valiente, ellos iban delante y exponiendo lo que fuera; si todo el mundo era cobarde, ellos se arrinconaban y no querían saber nada con el peligro.

Ahora estaban animados por el ejemplo de Cliff.

—Acabaremos con esa banda —dijo uno de ellos—. Ya somos cuatro.

—Y enfrente tenemos a seis.

—Pero conocemos mejor la ciudad y tenemos la ventaja de estar parapetados y a la defensiva, no se nos escaparán.

Cliff hizo un gesto de escepticismo, porque pese a todo no veía

el panorama demasiado claro. Pero accedió.

—Está bien —dijo—. En tal caso, deberemos situarnos estratégicamente, porque si intentan algo lo intentarán de noche. Cada uno debe ocupar una ventana alta en uno de los puntos cardinales de la población. Si hay alarma, nos reuniremos todos en el punto donde ésta se haya producido.

—De acuerdo —dijo el *sheriff*—. Yo elijo la entrada de la ciudad por el norte de la calle principal.

—Es el punto más peligroso —objetó Cliff.

—No importa Tengo que justificar la estrella, ¿no?

De repente, el *sheriff* se sentía la mar de animado.

Echó a andar hacia el fondo de la calle, cubierto de sombras. El revólver, que había sacado para mayor precaución, brillaba en su mano derecha.

Fue entonces cuando sonó aquel disparo.

Todos vieron el fogonazo surgiendo de la oscuridad como una chispita de luz. El estampido llegó una décima de segundo después, mezclado con un grito de agonía.

Cliff no vaciló un segundo.

Tomó el revólver que tenía al alcance de su mano y tiró frenéticamente contra el lugar de donde había surgido el fogonazo, aunque sabía lo improbable que era alcanzar a un enemigo que seguramente ya había cambiado de sitio.

Luego masculló:

—Vamos. Pero pegados a las paredes.

Rápidamente, aunque sin confiarse, llegaron hasta el cuerpo tendido del *sheriff*.

Cliff lanzó una maldición.

—Está muerto…

—Vamos a arrastrarlo hasta el porche —musitó uno de ellos—. Aquí estamos al descubierto.

Lo cargaron entre los tres, y por la inercia de sus miembros se dieron cuenta todos de que Cliff Morton había tenido razón. El *sheriff,* alcanzado por una bala en el corazón, había muerto instantáneamente.

—Es la marca de fábrica de Sid Lane —dijo Cliff sombríamente, una vez en el porche—. Sid siempre disparó de esa manera.

—¿Eso significa que está ya en la población?

—Ahí tenemos la prueba.

Los ojos del abogado fueron hacia los dos hombres, que le miraban consternados.

—Sid Lane ha cambiado de táctica —murmuró—. Hace lo mismo que he hecho yo esta mañana. Al menor descuido que cometamos, nos irá liquidando uno a uno.

—Sí… Ya… ya vemos.

La mirada de Cliff Morton se hizo más intensa.

—Ya no estáis tan decididos a quedaros, ¿no es cierto…?

—Bueno… Nosotros… La verdad…

—¿Por qué no os vais?

—No quisiéramos dejarle solo, pero…

—Largaos cuanto antes. Sid Lane está cerca y puede repetir su golpe de un momento a otro.

Los dos hombres se miraron a los ojos.

Bruscamente, perdida ya toda vergüenza, se dispusieron a salir corriendo.

Una voz masculló entonces:

—¡Sois unos cobardes! ¡Unos malditos cobardes los dos!

Se volvieron bruscamente y entonces vieron a alguien en quien ya nadie pensaba. Vieron acercarse a Rock.

Capítulo XIII

Rock no llegaba de la dirección en que había brotado el fogonazo, sino del lado opuesto. Sus facciones estaban rígidas. Sus ojos llameantes, miraban a los dos hombres como si éstos fueran poco menos que dos perros.

—¿A qué viene esto, Rock? —susurró uno de ellos.

—Alguien debería quedarse a ayudar a Cliff Morton.

—Nosotros estábamos dispuestos a hacerlo, pero…

—Cuanto antes os larguéis de aquí, mejor.

—Oye, Rock, no tienes que acusar a nadie. Tú tampoco te has decidido hasta el último momento.

—No acuso a nadie. Simplemente digo que me quedo Cliff miró con curiosidad a aquel interesante ayudante.

—¿A qué viene esto, Rock?

—He reflexionado mejor. Y he decidido quedarme.

—¿Quiere entretenerse un momento en mirar al *sheriff* y en pensar que a usted puede ocurrirle lo mismo?

—Al fin y al cabo —dijo—, no tiene tanta importancia.

—Si lo que tiene es un desengaño —murmuró Cliff—, no se exponga a morir por eso, muchacho. Los desengaños acaban por curarse, pero las heridas de bala en la cabeza, no.

—Los motivos por los que quiero quedarme no le importan a nadie —dijo fríamente Rock—. Seremos dos a defender la ciudad y basta.

Ahora fue Cliff quien se encogió de hombros.

—De acuerdo, hombre, de acuerdo. Bienvenido…

Los otros dos echaron a correr como si les persiguiera una legión de lobos.

Momentos después, Rock y Cliff habían quedado solos en la

ciudad, con la única compañía del cadáver del *sheriff* y los de los cuatro pistoleros que yacían por diversos puntos de Paradise Valley. También había dos mujeres y una niña en la ciudad, pero por el momento ignoraban su paradero.

Fue Rock el que planteó la situación, situándose en la parte más oculta y protegida del porche.

—¿Dónde está Paulina Grey?

—No lo sé. La verdad es que no tengo idea del sitio donde ha podido ocultarse.

—¿Ya ha pensado que Sid Lane la buscará?

—Falta que la encuentre. ¿Y Marta? ¿Qué se ha hecho de ella?

—¿Por qué me habla de Marta ahora?

—Estamos los dos solos y quizá vamos a morir, Rock. ¿Para qué disimular? Usted la quiere.

—Eso… es cierto. La he querido toda mi vida.

—Pero se casó con otro.

—Nunca se lo he perdonado.

—Extraña cosa el amor —dijo Cliff sombríamente—. Uno quiere que la persona amada sea feliz, pero no que sea feliz con otro.

—Glenn nunca le dio lo que ella necesitaba. No fue más que una desdichada.

—¿Y usted, Rock? ¿Le daría lo que ella necesita?

—Se lo daré.

—Muy seguro parece —musitó Cliff.

—Todo es cuestión de dinero. Dar a una mujer lo que necesita… ¡Qué sencillo y qué difícil al mismo tiempo! Pero todo depende de los dólares que uno tenga en la bolsa.

—¿Usted tiene muchos, Rock?

Cliff Morton había hecho aquella pregunta sin demasiado interés, tan sólo para mantener el diálogo. Ya que no había más que dos hombres en la ciudad, no iban a estar callados como muertos.

Y por eso, porque al hacer la pregunta miraba hacia otra parte, no captó la extraña mirada que por unos breves segundos brilló en los ojos de Rock.

Sólo captó la incomprensible respuesta de éste:

—¿Quién sabe…?

Capítulo XIV

Sid Lane abandonó la protección que le ofrecía la roca tras la cual se hallaba y pasó a un terreno relativamente descubierto, avanzando por un sendero donde había matojos a derecha y a izquierda.

—Quieto…

La voz, aunque baja, había sido seca y cortante.

—Ya puedes guardar el revólver. Soy Sid.

El pistolero que montaba guardia allí, para prevenir cualquier sorpresa, enfundó el «Colt».

—¿Cómo han marchado las cosas, jefe?

—Bien…

—He oído varios disparos.

—Uno de ellos, el primero, ha sido mío. He liquidado al *sheriff,* que por poco se me echa encima.

—¿Y los otros?

—Cliff Morton intentaba cazarme, pero ha gastado la pólvora en salvas.

Los dos hombres avanzaron hacia donde estaban los otros cuatro.

La luz de las estrellas les alumbraba débilmente.

Raffles, que ahora había sido designado segundo de la banda, miró a su jefe.

—¿Cuántos hombres hay en la ciudad?

—Dos.

—¡Diablos, pues no ha ganado nada! ¡Antes solamente había uno!

Sid Lane río en silencio.

—En el segundo está mi secreto —murmuró.

—¿Por qué?

—Yo conozco bien a Rock. En otro tiempo cabalgamos juntos.

—¿Y qué…?

—Siempre ha estado enamorado de una de las chicas más bonitas de este lado del país. Una chica llamada Marta. Cuando ella se casó con otro, estuvo a punto de pegarse un tiro.

Raffles lanzó un gruñido.

—¿A qué viene eso? ¿Vas a explicarnos una historia de amor?

—Pretendo hacer entrar en vuestras cabezotas una idea que se me ocurrió al ver que Cliff Morton tira mejor de lo que yo imaginaba. Rock siempre ha tenido metido en la cabeza el pensamiento de que Marta no le quiso porque era pobre. Una verdadera tontería, puesto que Glenn, su marido, también lo era. Pero me ha bastado buscarle en su casa, que yo conocía muy bien y decirle que tendrá diez mil dólares, para que él haya pensado en seguida, que Marta caerá en sus brazos.

Raffles abrió con asombro la boca.

—¿Diez mil dólares? ¿A cambio de qué?

—Muy sencillo… De que mate a Cliff por la espalda apenas nosotros ataquemos… De que lo mate como a un perro.

Cliff Morton hubiera deseado encender un cigarrillo, pero no se atrevía a hacer fuego en ninguna parte, ni aun en el sitio más oculto. Si Sid Lane había matado al *sheriff,* podía estar todavía oculto en cualquier rincón. Y la llamita de un fósforo resultaba una guía ideal para que a uno le volasen la cabeza.

No tenía sueño, pero un cigarrillo le hubiera ayudado a mantener la tensión necesaria.

Rock, que estaba a su lado, sin separarse ni una yarda, alzó la cabeza de pronto.

—¿Oye…? —susurró.

—¿Oír qué?

—Me parece que vienen.

Cliff Morton agudizó el oído.

En efecto, parecía oírse un rumor muy lejano. Como si un pequeño grupo de jinetes se acercase.

—Tienen que ser ellos —murmuró Rock.

—Lo que me extraña es que no traten de acercarse en silencio —murmuró Cliff—. ¿Por qué lo harán de este modo…?

Rock le dirigió una mirada de preocupación.

—¿Qué está pensando?

—Diríase que tratan de que me fije en ellos para que no me fije en otra cosa.

—Tonterías…

—Sí, seguramente.

Cliff escuchó durante algunos instantes más, hasta calcular con exactitud cuál era la dirección que seguían sus enemigos. Incluso calculó también su número: Debían ser cinco o seis.

—Viene el grueso —murmuró—. Van a jugarse el capital a una sola partida.

—¿Qué piensa hacer?

—Resistir sería inútil, ¿no?

—¿Entonces, va a dejarlos entrar?

—Desde luego. Y tiraremos con toda la rapidez posible, uno desde cada lado de la calle. Con un poco de suerte, es posible eliminar a cuatro pistoleros antes de que puedan reaccionar.

—No se dejarán sorprender de ese modo…

—Eso es lo que me extraña —musitó Cliff—, una táctica tan ingenua…

De pronto, el sonido dejó de ser compacto y se dividió. Los seis atacantes formaron dos grupos de a tres cada uno. Al parecer iban a entrar en la población por lugares distintos.

—No son tan ingenuos… —sonrió Rock.

—De todos modos obraremos del modo que he dicho.

—Prefiero quedarme junto a usted.

Cliff le miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque si nos separamos, y como habrá que tirar entre las sombras, podremos confundimos.

—Desde luego. No es una idea descabellada. Está bien, Rock: quédate junto a mí.

En aquel momento el ruido de los caballos cesó por completo, y se produjo un inquietante silencio.

—Siguen a pie… —musitó Rock.

—Sí, eso es lo que creo que van a hacer.

—No son tan estúpidos como usted había creído.

—Desde el primer momento he supuesto que no caerían en una

trampa —murmuró Cliff—. Pero imagino que, de un modo u otro, pasarán por delante de nuestros revólveres.

Y dejó de mirar a Rock para prestar atención a la calle.

Ésta aparecía iluminada sólo por la luz de las estrellas. Hacía falta estar muy acostumbrado a la semioscuridad para ver algo en ella, pero Cliff llevaba ya muchas horas moviéndose entre aquella penumbra, y para él todo estaba más claro que sí lo iluminase el sol.

Rock le vio de espaldas a él.

Apretó los labios.

Era su ocasión, la gran ocasión que le proporcionaría diez mil dólares al contado.

No tenía más que apretar el gatillo y…

Sus ojos brillaron siniestramente mientras iba apuntando hacia la nuca de Cliff Morton.

Sid Lane estaba con dos hombres más en el centro de la calle principal. Miró atentamente ante sí.

—Están allí —susurró.

—¿Cómo lo sabe?

—Por este rastro más oscuro sobre el polvo casi blanco.

Uno de los pistoleros llevó su mano hacia aquel rastro más oscuro, que, efectivamente, resultaba bastante notable a poco que uno se fijase en él.

—Esto es tabaco… —susurró.

—Claro que lo es. Rock ha ido derramando, disimulando, el contenido de su bolsa. Y el rastro lleva hasta aquella casa.

—Magnífica idea. Entonces les tenemos acorralados…

—Yo aún no diría eso. Hay que obrar con cautela. De momento, se trata sólo de distraer a Cliff.

El mismo avanzó, colocándose teóricamente al descubierto. Era evidente que Cliff Morton, en cuanto viera su oscura silueta, sólo pensaría en derribarla de un balazo.

Y ésa era la ocasión que necesitaba Rock. Unos segundos de distracción tan sólo.

Cliff Morton vio, en efecto, aquella figura oscura que se acercaba a lo largo de la calle.

Fue a indicar a Rock que le cubriese mientras él se acercaba más. Y en aquel momento vio algo muy extraño.

Aquella mirada perdida en los ojos de Rock. Aquel revólver que

se alzaba poco a poco…

—¿Pero qué haces?

Sonó un disparo.

La bala fue a empotrarse a muy poca distancia de Sid Lane, que hubo de dar un salto atrás.

Sid lanzó una maldición en voz baja.

—¿Pero en qué pensará ese condenado…?

Cliff, mientras tanto, en el interior de la casa, miró con extrañeza a Rock.

—Estaba apuntando a Sid Lane —dijo Rock—. Por poco le alcanzo.

—Pues yo diría que por poco me alcanzas a mí…

—Necesitaba aprovechar la ocasión. Creía tenerle bien a tiro.

Cliff lanzó un suspiro.

—Otra vez apunta más hacia un lado, camarada. Me ha dado la sensación de que…

—Se equivoca.

—Sí, ya lo supongo.

Cliff Morton volvió a mirar frente a sí.

La calle estaba otra vez vacía y silenciosa… Sid Lane, en el caso de que fuera él, ya se había retirado.

Pero lo cierto era que ellos dos estaban situados allí. Ignoraban el emplazamiento de sus enemigos. Eso significaba que tenían todas las desventajas, puesto que era desigual dos contra seis.

Cliff Morton se volvió de nuevo.

Las facciones del hombre que se había ofrecido para ayudarle estaban levemente crispadas, pero el abogado no dio demasiada importancia a ese detalle.

—Temo una cosa —susurró—. Que den con Marta y quieran emplearla como rehén.

—¿Cómo está tan seguro?

—Bueno… Supongo que no podrán encontrarla.

Pero, en realidad, comenzaba a sentirse inquieto.

Él no había hablado con Sid Lane de aquel asunto, y daba por descontado que, a cambio de su ayuda, Marta no había de sufrir ningún daño.

¿Pero y si alguno de sus hombres —que podía no estar enterado del trato— se encontraba con ella?

—Quizá sería mejor pedirle que se escondiera —susurró.

—Eso mismo pensaba indicarle.

—De acuerdo —dijo Rock—. Voy allá.

El temor de que le sucediera algo a Marta, le había hecho olvidar incluso su compromiso de matar a Cliff.

Salió por la parte posterior de la casa, agazapado y silencioso como una sombra. Conocía más o menos la posición que iban a adoptar los hombres de Sid Lane, de modo que pudo esquivarlos fácilmente y llegar a la casa de Marta.

En ésta no había luz.

El pequeño patio delantero estaba silencioso, alumbrado sólo por la luz de las estrellas.

Vio una pequeña figura sentada allí, silenciosa y tristemente, cara a la noche. Sólo la carita blanca se distinguía sobre las ropas de luto.

Era la pequeña Sigrid

En aquel momento, Sid Lane empezaba a sentirse impaciente.

¿Qué esperaba aquel estúpido de Rock? ¿Por qué no había liquidado de una vez a Cliff Morton?

Hizo una seña a uno de sus hombres.

—¿Ves aquella casa al final de la calle? —bisbiseó.

—Sí. La distingo.

—Es muy posible que Rock está allí, en cuyo caso nos habrá hecho traición. Le descerrajas una bala.

—¿Cómo conoceré a ese tal Rock?

—Es un hombre joven y fuerte; además no puede haber otro en la ciudad, a excepción de Cliff Morton.

—Bien.

El pistolero avanzó sigilosamente hacia la casa que le habían señalado, que era la de Marta.

Mientras tanto, Sid hizo otra seña, dirigida ésta a los cuatro hombres que ahora quedaban con él.

—Vamos allá.

Avanzaron hasta el porche y se situaron en él. Poco a poco, como sombras, se deslizaron hacia la puerta.

Si irrumpían de pronto en la habitación donde se hallaba Cliff, éste no tendría ninguna posibilidad de defensa.

El silencio era completo. Ni un susurro lo rompía.

De pronto, una de las tablas del viejo porche crujió al ser pisada.

Le parecía ver las sombras de sus enemigos; creía notar su presencia más allá de las paredes.

Cliff Morton no se movió. Sólo giró los ojos.

Apuntó hacia la puerta.

Ésta se abrió de repente, y dos siluetas aparecieron en el umbral, vomitando plomo hacia las tinieblas.

Cliff, que ahora estaba pegado al suelo, no disparó hasta el último momento. Luego apretó el gatillo cuatro veces.

Los dos pistoleros cayeron hacia atrás, con dos balas en la cabeza cada uno. Sus cuerpos casi se desplomaron sobre el propio Sid Lane, quien tuvo que echarse para atrás.

Luego de los disparos volvió a hacerse en la ciudad el silencio, ese silencio un poco lúgubre que sigue o que precede a la violencia.

Y entonces se oyó un gemido en la noche. El amargo gemido de una mujer…

CAPÍTULO XV

Rock, minutos antes, había encontrado a la pequeña Sigrid. Ésta lloraba amargamente, pero en silencio, Sólo las estrellas —demasiado altas para la imaginación de una niña— eran testigos de su congoja.

Vio a Rock. Y no le miró con miedo, sino como se mira a un viejo amigo.

—Hola, Rock…

—¿Qué te pasa, Sigrid?

—No me pasa nada. Solo… pensaba en papá.

—¿Dónde está tu madre?

—Creo que dentro.

—¿No tenéis miedo de los disparos? ¿Por qué no os marcháis?

—Dice que no quiere irse de esta casa.

—Pues deberíais hacerlo. Aquí corréis peligro.

Sigrid levantó la cabeza y le miró intensamente. Rock captó, a pesar de la penumbra, la intensidad de aquella mirada. Y sintió dolor, un dolor recóndito, no supo por qué.

—Tú nos defenderás —dijo la pequeña—. Tú eres el único amigo que tenemos.

—¿De veras… crees eso?

—Siento mucho lo que mamá te dijo en el entierro. Yo sé que sólo querías ayudarnos.

Rock movió un poco la mano derecha.

No supo por qué.

Y sus dedos ásperos, duros, acariciaron los cabellos de la niña.

—Sigrid…, tú…, ¿tú crees que soy bueno?

—¡Claro que sí!

La pequeña estaba convencida. Y tomó un momento entre las

suyas la mano que ahora acariciaba su rostro.

—¿Qué te pasa?

—Na… nada.

Pero en realidad, Rock sentía vergüenza. Una vergüenza tan honda que hubo de cerrar los ojos porque tuvo miedo de que Sigrid, pese a la oscuridad, lo notara.

Nunca había tenido miedo de nada. Nunca había tenido vergüenza. Y ahora sentía todo aquello ante una niña.

—Sigrid… —murmuró—, quizá tú no me conozcas bien. Quizá hayas pensado que…

En aquel momento se oyó un gemido en el interior de la casa. Era un gemido ahogado, propio de una mujer a la que alguien está atacando e intenta tapar la boca.

Rock sintió que todos sus músculos se tensaban.

Casi dio un salto.

Entró en la casa, donde brillaba una luz muy tenue, casi imperceptible. Y entre esa luz se debatían dos sombras.

Marta, vestida de negro, estaba a punto de ser derribada sobre el lecho por uno de los pistoleros de Sid Lane. Éste le tapaba la boca para que no gritase, mientras le besaba ansiosamente el cuello.

Rock musitó:

—Sid Lane no pudo ordenarte eso, amigo…

Tiró una sola vez y atravesó el corazón del pistolero. Éste cayó de costado, lanzando un estertor.

Marta, pegada a la pared, con los dedos crispados, la boca entreabierta, le miró ansiosamente.

—¡No te acerques! ¡No te acerques o…!

—¿Qué es lo que piensas, Marta?

—Pienso que has querido ocupar su puesto.

Rock guardó el revólver lentamente. Sus manos parecieron acariciar el aire.

—Espero que seas feliz, Marta —dijo inesperadamente—. Sé que reharás tu vida. Pero, sobre todo, cuida a Sigrid. Cuídala, porque no sabes lo que tienes.

Dio media vuelta y salió.

Marta quedó atónita, paralizada, sin saber lo que le ocurría.

Cliff Morton había decidido pasar a la acción.

A pesar de estar en inferioridad numérica, pues aún eran tres

hombres los que luchaban contra él, decidió presentar batalla cara a cara. No le gustaba pelear entre las sombras, como un topo.

Salió por una de las ventanas traseras y caminó sigilosamente por una calle lateral.

No se veía ni rastro de Sid Lane y los suyos.

Al llegar a la esquina esperó, conteniendo la respiración, mientras la sensación de peligro le producía un hormigueo en la espalda.

Una sola distracción le costaría la vida. No podía permitirse el lujo de fallar ni una sola vez.

Inclinó un poco el cuerpo.

Un farol lejano, que estaba a la entrada de la ciudad, proyectó su sombra.

Aquello produjo una sensación engañosa. La sombra se movió más que él. Y fue eso lo que desorientó al pistolero que tenía a su espalda.

La bala rozó solamente a Cliff, que se volvió con la rapidez de una peonza.

La hebilla del pistolero brillaba quedamente a la entrada del callejón. Fue eso lo único que vio Cliff cuando apretó rabiosamente el gatillo.

Las dos balas se clavaron justamente un poco por encima de la hebilla. El pistolero se dobló.

No estaba muerto, sin embargo. Pese al dolor atroz, consiguió apretar el gatillo.

Cliff sintió las balas rozando su pecho. No tuvo más remedio que dar un aparatoso salto y precipitarse en la calle principal, donde debían esperarle dos enemigos.

Dio varias vueltas sobre sí mismo, pegándose a la pared. Sus enemigos no le habían visto.

Pero el del callejón salió tambaleándose, con una mano sobre el estómago. La sangre resbalaba por su vientre y por sus piernas, pero sus dientes estaban apretados en un gesto de salvaje decisión. Quería matar antes de morir.

Completamente descubierto como estaba, no fue enemigo difícil para Cliff Morton. Este le quitó de en medio de una sola bala, tirando ahora a la cabeza.

Y casi inmediatamente, en ágil pirueta, dio una vuelta completa

de campana, saltando hacia atrás.

Hizo bien, porque el fogonazo le había delatado. Dos balas picotearon el lugar exacto donde había estado su cuerpo.

Vio un par de sombras que se movían sinuosamente. Disparó contra ellos, pero todo era demasiado confuso. Las balas se perdieron en el vacío.

A continuación, Cliff se desplazó un poco más allá. Y, sentado en el suelo, recargó su revólver.

El silencio volvía a ser pesado, macizo.

En la calle principal no se veía a nadie. Otra vez aquello daba la sensación de una ciudad completamente deshabitada.

Cliff se pegó al suelo y empezó a arrastrarse sobre los codos, con el revólver en la derecha. Al llegar al extremo del porche, se detuvo, no atreviéndose a ir más allá.

Aspiró el aire quieto de la noche.

Quizá Sid Lane hubiera huido. Ya no le quedaba más que un pistolero, tal vez dos, y seguramente no querría exponerse a lo peor.

Cliff se fue alzando lentamente.

Tenía detrás suyo una ventana.

No vio que tras los cristales de esa ventana se recortaba una figura sinuosa, alargada, que llevaba también un revólver en la derecha.

El último pistolero de Sid Lane estaba allí. A su espalda.

Sólo les separaban los frágiles cristales de la ventana. Y Cliff, sin saberlo, estaba ofreciendo su nuca al revólver del enemigo.

Vio entonces, en el último instante, que otra figura se había alzado a poca distancia de él. A tan poca distancia que ya no podía evitar su disparo.

Era la figura de Rock.

Demasiado tarde se dio cuenta Cliff de que el hombre que tenía que ayudarle iba, en realidad, a acabar con él. Demasiado tarde comprendió que entre Sid Lane y Rock habían planeado una traición miserable.

Ya no podía moverse.

Ya era tarde para todo… excepto para morir.

Rock disparó.

Cliff Morton quedó cegado a causa de la llamarada amarilla, y en el instante en que creía sentir en su carne el dolor de la bala, oyó

un estrépito de cristales retos a su espalda.

Y un aullido.

Se volvió de repente, con una especie de espasmo, para ver aquella figura que salía disparada por la ventana, al caer de bruces. El pistolero se había llevado ambas manos a la cara, por la que seguramente entró la bala. Cayó al porche, tuvo un último espasmo y quedó espantosamente quieto.

Rock no había tratado de matarle. Por el contrario. ¡Rock le había salvado la vida!

Cliff fue a avanzar hacia él. Quería darle la mano, quería demostrar de algún modo su gratitud. En cuanto a Rock, estaba quieto en el centro de la calle, como asombrado por lo que había hecho.

Aquella quietud resultó fatal para él.

No se dio cuenta de que había otro hombre en el porche, tras él. Aquel hombre era Sid Lane.

Sid masculló:

—¡Perro!

Apretó el gatillo dos veces. Rock se estremeció, alcanzado en la columna vertebral, y alzó los brazos patéticamente.

El revólver resbaló de entre sus dedos.

Cliff lanzó un aullido mientras saltaba al centro de la calle. Sus facciones estaban demudadas, se habían transformado en las de una fiera.

—¡Rock!

Sid Lane apretó el gatillo nuevamente.

La bala rozó la cara de Cliff Morton, dejando en ella un leve rastro de sangre.

Pero Cliff consiguió llegar al centro de la calle, quedando a ocho pasos de Sid Lane, que también se había descubierto.

Los dos hombres se miraron a la cara.

Jadeantes, con los dientes apretados, un deseo febril de muerte palpitando en sus ojos.

No necesitaron ningún grito para «sacar». Los dos se movieron instantáneamente, sabiendo que entre su vida y su muerte sólo había unas décimas de segundo.

El pistolero vio la llama anaranjada ante sus ojos. Sintió un choque en el costado izquierdo.

Tiró a su vez, sin darse cuenta de que se había inclinado con exceso hacia delante.

No vio que sus rodillas se habían doblado. Que las balas se perdían en el polvo.

Otro choque, ahora en el cuello.

Un tercero, en la frente…

Sid Lane cayó hacia atrás con la cabeza destrozada.

Aún pudo, con un último impulso, apretar el gatillo de nuevo. La bala fue esta vez al cielo.

Cliff Morton guardó el revólver.

Le parecía ahora, de repente, que su vida no tenía sentido, que su existencia entera había sido un fracaso.

Había tenido que matar al hombre a quien salvó. Al hombre a quien libró de la horca.

Fue entonces junto a Rock, y vio que una figura se había arrodillado junto a él. Una figura le cerraba Jos ojos.

Era Marta.

Cliff se inclinó lentamente y tomó el cadáver en sus brazos.

—Siento que no lo haya visto —susurró—. Siento que no se haya dado cuenta de que tú, en el último momento, estuviste cerca.

Y echó a andar con el cadáver, pero no llevó a Rock a su casa. Lo llevó, por el contrario, a la casa de Marta.

Porque supo que a Rock le hubiera gustado morir allí.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

publica en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

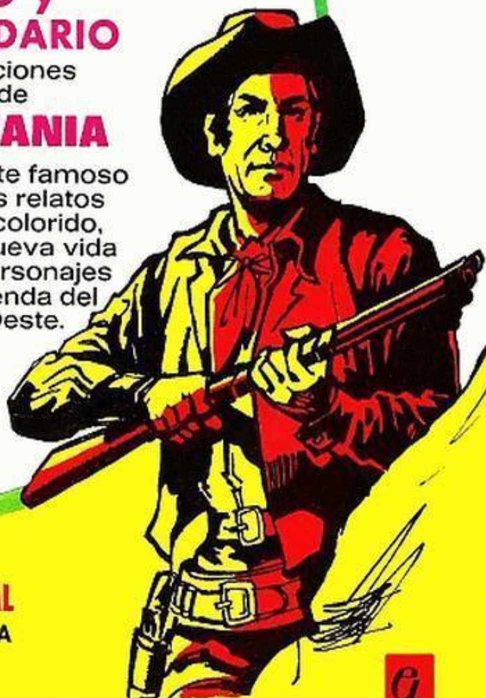
en sus series

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso que a través de sus relatos llenos de fuerza y colorido, ha sabido prestar nueva vida a los esforzados personajes que forjaron la leyenda del viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL

ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Notas

[1] A los fusilados por traición o cobardía en la Guerra Civil, se les marcaba con un trazo de pintura amarilla. < <